BOLSILIBROS BRUGUERA

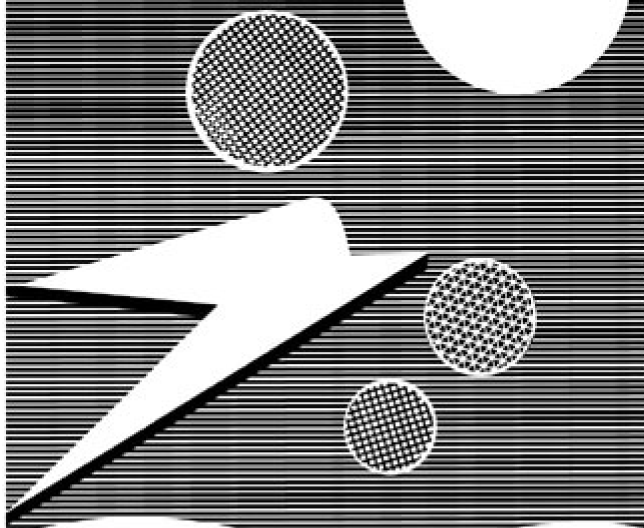
la conquista del ESPACIO

LA AMENAZA VIENE DEL PASADO

a. thorkent

CIENCIA FICCION





LA CONQUISTA DEL ESPACIO

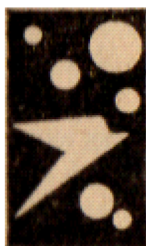
ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCIÓN

165 – Después del cataclismo, *Peter Kapra*.
166 – Perros del espacio, *Clark Carrados*.
167 – La invasión verde, *Ray Lester*.
168 – Enjambres humanos, *J. Chandley*.
169 – La casa del frío eterno, *Silver Kane*.

A. THORKENT

LA AMENAZA VIENE DEL PASADO

Colección
LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.º 170
Publicación semanal
Aparece los VIERNES



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA – BOGOTÁ – BUENOS AIRES – CARACAS – MÉXICO

ISBN 84—02—02525—0
Depósito legal: B. 35.964 — 1973

Impreso en España — *Printed in Spain*.

1ª edición: noviembre, 1973

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**
Parets del Vallès (N—152, Km 21,650) Barcelona – 1973

CAPITULO PRIMERO

Tomm Ersel dejó que su pequeña maleta se deslizara por el tobogán después de haberle puesto la contraseña para ser conducida al hotel en donde tenía reservada habitación.

Odiaba llevar algo entre las manos. Se sintió más ligero y caminó entre la multitud. Ciertamente, tenía que sentir una ligereza extra, puesto que se encontraba en Marte y él era hombre habituado a desenvolverse en la Tierra.

Se detuvo un instante para averiguar el camino que debía tomar. Después de estudiar el plano resplandeciente que ocupaba toda una sección de la pared del corredor de tránsito, se desvió por un pasaje lateral. Estaba menos concurrido y pudo avanzar más rápido.

Al fin penetró en una cabina de comunicación especial. Se sentó ante la pequeña pantalla y solicitó la llamada a la central. Pensó que si las condiciones eran óptimas podía obtener contacto en seguida.

—Le advertimos, señor, que las señales no llegarán a su pantalla con nitidez. Existen perturbaciones esta semana —indicó una voz femenina.

—¿Y el sonido? —preguntó Tomm. Temía tener que desistir después de haber hecho el propósito de hablar con Susana y Emily.

—Pensamos que es perfecto.

—De acuerdo. Póngame con la Tierra.

—Deposite doscientos créditos, por favor.

Tomm sacó su tarjeta de crédito y la insertó en la ranura. La máquina tableteó y se la devolvió segundos después. El hombre la recogió en medio de un suspiro, diciéndose que si se hubiera tratado de su tarjeta personal en lugar de ser una especial entregada por la Corporación, tal vez hubiera dudado en llamar a su casa. Se hubiera conformado con enviar un espacio—radio lacónico, anunciando la feliz arribada.

La pantalla que tenía delante se iluminó. Escuchó voces de la Tierra llamando a su casa y diciendo que conectaban con Marte. Escuchó a Susana llamando a la niña y en seguida la pantalla mostró el rostro sonriente de su esposa.

—Hola, cariño —dijo Tomm, visiblemente emocionado. Nunca se había sentido tan lejos del hogar. El hecho de volver a ver el rostro de Susana después de veinte días de navegación por el espacio le producía una sensación extraña—. ¿Viene Emily?

Susana asintió gozosa y dijo:

—Estaba jugando en su cuarto. Ya la oigo llegar. Será mejor que me digas lo que sea antes que ese diablillo ocupe mi puesto en el

visor.

La imagen no era perfecta, pero sí lo suficiente como para poder apreciar el rostro de Susana. No era una mujer hermosa, pero sí muy bonita, y sonreía de forma encantadora. Tomm no hubiera aceptado aquel trabajo de no haber estado tan bien pagado y haberle interesado desde el primer momento.

Una pequeña figura apareció en el campo visual como un torrente. Una cabecita rubia ocupó el lugar de Susana y pareció quererse introducir en la pantalla.

—¿Llamas desde Marte, papá? —preguntó Emily.

—Claro que sí, pequeña. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien.

—¿Te portas correctamente?

—Sí, claro.

—Eso me gusta. Ahora estoy en la ciudad y pienso comprarte un regalo para cuando regrese.

—¿Será pronto?

—Eso espero. Será un regalo pequeñito. Ya sabes que no puedo llevar exceso de equipaje.

—Te quiero, papá —sonrió Emily, quien fue apartada suavemente por su madre.

—¿Cómo estuvo el viaje, Tomm? Ya sé por las informaciones que la nave llegó bien, pero es que nunca viajaste más allá de la Luna...

—Esto transcurrió maravillosamente. Algo aburrido tan sólo.

—¿Qué tal allí?

Tomm se encogió de hombros.

—No ha sido una acogida muy calurosa, desde luego. No hubo ningún comité de recepción.

—¿No te esperaban? —preguntó sorprendida Susana.

—Me informaron en el espaciopuerto que irían a buscarme al hotel. Parece ser que tienen mucho trabajo. Ya envié allí la maleta.

—Recuerda que tienes que comprarte ropas. Sobre todo, interior.

Tomm suspiró.

—Lo sé, lo sé. Y tendré que dejarla aquí antes de volver. Resulta más caro pagar exceso de equipaje. Pero no te alarmes por el gasto. Todo lo paga la Corporación.

—¿Incluso esta llamada? —preguntó intranquila Susana. Tomm siempre había tenido en buena estima el sentido del ahorro de su esposa.

—Claro —pensó que Susana lanzaría un grito de susto si le dijera lo que le costaba la comunicación, aunque lo pagasen sus jefes—. También a ti te llevaré un regalo. Me han dicho que hay aquí un perfume maravilloso. Te gustará. Y también unos collares de rocas multicolores que...

—Los aceptaré si no te cuestan la paga de un mes.

—Procuraré ponerlos en los gastos generales.

—Si es así… Pero de todas formas lo que deseo es que regreses pronto. ¿Cuándo será?

Tomm se encogió de hombros.

—Calculo que no estaré aquí más de un mes. Así que dentro de cincuenta o sesenta días estaré de nuevo con vosotras.

El rostro de Susana adquirió cierta tristeza.

—Resultará en conjunto demasiado tiempo, Tomm. Nunca hemos estado separados tantas semanas desde que nos casamos.

Tomm recordó que antes de contraer matrimonio permaneció en la Luna durante seis meses. Lo hizo para ahorrar y poder comprar la casita. Y ahora hacía aquello porque necesitaban repararla y adaptarle ciertas novedades existentes en el mercado.

—Yo también estoy ansioso por volver a estar a tu lado —sonrió, tratándola de animar.

El rostro de Emily se interfirió de nuevo y gritó recordándole que no olvidase el regalo prometido. Al mismo tiempo se escuchó un corto aviso. Desde la central anunciaban que el tiempo se estaba agotando.

—Hasta la vista, Susana. Te quiero. Te pondré un espaciograma o volveré a llamarte cuando vayamos a regresar. Emily, cuida de mamá hasta que yo vuelva y se buena. ¿De acuerdo?

—Cuídate tú, cariño —dijo Susana, antes de que su imagen desapareciera.

Tomm aún se quedó un rato sentado en la cabina, mirando el cristal vacío. Se incorporó con trabajo y se dirigió a la salida de las dependencias del espaciopuerto.

De vuelta al barullo, localizó la entrada de los transportes. Esperó unos minutos la llegada del monorraíl en medio de cientos de personas. Empezaba a mirar molesto todo aquello. Ya sabía que muchas gentes vivían en Marte, pero nunca se imaginó que pudiera haber tantas. Cuando llegó el convoy entró en una unidad y se acomodó al lado de una ventana. Junto a él se sentó un tipo obeso que fumaba un grueso cigarro confeccionado con tabaco nativo. El humo era aromático y no desagradó a Tomm, pese a que fumaba tan poco que casi lo repudiaba.

Cuando el monorraíl se puso en marcha sacó de su traje, disimuladamente, una cartera y en ella consultó la guía. Fue mirando con atención las estaciones en donde se detenían. No quería pasarse de la suya, que le dejaría apenas a unos metros del hotel en donde, a aquellas horas, ya debería estar su reducido equipaje.

El hombre obeso se apeó en la siguiente estación, en donde subieron más personas. Una chica, joven y bonita, muy agitada, se dejó caer en el asiento vacío. En aquel momento arrancó el monorraíl

y su cuerpo golpeó a Tomm.

—Oh, lo siento —se disculpó.

Tomm sonrió.

—No tiene importancia —luego la miró más calmado. Era muy joven y sus mejillas estaban rojas. Después, sus ojos bajaron hasta el pecho, que se agitaba desacompasadamente a causa de una respiración irregular— Parece que tenía mucha prisa, ¿no?

La chica cerró los ojos e intentó una sonrisa.

—Y que lo diga, amigo. ¿Sabe que llevo media hora de retraso? Pero mi maldito cacharro se averió y tengo que usar este prosaico medio de locomoción, como una vulgar rata subterránea...

La joven se detuvo de pronto. Miró fijamente a Tomm, que la escuchaba con una sonrisa irónica. Sus mejillas se pusieron más rojas aún y murmuró:

—Lo siento. Estoy muy acalorada. No quería ofenderle.

—No se preocupe. No creo que vuelva a usar este sistema de transporte muchas veces.

—¿No vive en Marte?

—No.

—¿Acaba de llegar?

—Sí, apenas hace media hora que pisé suelo marciano.

La muchacha hizo un mohín y asintió:

—Entonces ha debido venir en la astronave L—98, ¿no es cierto?

—Sí..

—Yo debí estar en el espaciopuerto cuando llegó, pero ya le dije que mi cacharro se estropeó. Seguro que los jefes me echarán una buena bronca.

—Usted no tiene la culpa de que su... cacharro sufriera una avería.

—Espero que ellos lo comprendan como usted. ¿Ha venido a Marte por negocios o por turismo?

—Ni lo uno ni lo otro.

Ella se echó a reír.

—Me llamo Sheila y me gustan las adivinanzas. Entonces está de paso. Ha llegado de las lunas de Júpiter y regresa al hogar, a la Tierra.

—No acierta una, señorita Sheila... ¿Me dijo su apellido?

—No. Me llamo Sheila Morgan. ¿Y usted?

—Tomm Ersel.

—¡No!

—¿Por qué esa sorpresa? ¿No le gusta mi nombre?

El monorraíl estaba desacelerando. Estaban entrando en otra estación. Sheila cerró su boca abierta a causa del estupor, estalló súbitamente en una risa cantarina y dijo:

—Esto es lo más gracioso que me ha ocurrido nunca.

Tomm arqueó una ceja, notando que empezaba a sentirse molesto.

—Me agradaría que se explicase, señorita Morgan.

—Debe perdonarme, señor Ersel —la chica poseía la rara cualidad de pasar sin transición alguna de la seriedad a la diversión. Gravemente, añadió—: Al mismo tiempo tengo que pedirle un gran favor.

—¿A mí? Cada vez lo entiendo menos...

—Será fácil de comprender cuando me diga si no se extrañó muchísimo al no hallar a nadie esperándole en el espaciopuerto.

—¿Cómo sabe que alguien debería esperarme? —Tomm estaba vivamente asombrado. Repentinamente, una idea surgió en su mente impetuosa y añadió— ¿Acaso usted debía...?

Ella asintió.

—Exactamente. Yo tenía que estar esperando la llegada de su astronave, señor. Pero a causa...

—Sí, sí. A causa de su... cacharro no acudió a tiempo.

Ambos estallaron en risa franca y Tomm tranquilizó a Sheila:

—Me parece que voy comprendiéndolo todo. Usted quiere que nos presentemos ante sus jefes y yo calle su incomparecencia, ¿no?

—Lo ha comprendido todo a la perfección.

El monorraíl terminó de detenerse y Sheila, levantándose, dijo:

—Hemos llegado.

—Qué casualidad. Yo también tenía que bajar aquí. Cerca está mi hotel.

—Pues allí mismo nos esperan Chester Molnar y el señor D. L. Sealy. Ellos ocupan habitaciones junto a la que le reservamos.

—¿No tienen vivienda en la ciudad?

—No, desde luego. Viven en la Aldea Beta, en el Gran Sirte. En realidad, D. L. odia cordialmente todo lo que significa civilización.

—¿Qué papel desempeña usted en esa sociedad, señorita?

Bajaron del monorraíl y caminaron hasta alcanzar la escalera automática que les condujo a los niveles superiores.

—Digamos que soy la encargada de las relaciones públicas.

Tomm se detuvo, rascándose la barbilla.

—En la Corporación se recibió la solicitud de mis servicios firmada por S. M. Seguro que es usted la propietaria de esas iniciales.

—Ahora no ha tenido que desplegar toda su inteligencia para adivinarlo, sabiendo que la sociedad sólo está compuesta por tres miembros y cuyos nombres no corresponden a las iniciales S. M.

—No, no sabía que sólo la componen tres miembros. ¿Tengo que contarla a usted también?

—Oh, no. Está también Arnold Todd, pero él se ha quedado en Aldea Beta.

Ceñudo, Tomm siguió a Sheila a través de las calles subterráneas

de la urbe.

—Reconozco que soy impaciente —dijo—, pero estoy ansioso por conocer los motivos que les han impulsado a solicitar mis servicios. ¿Han tenido presente que la minuta que les presentará la Corporación será elevada?

Sheila se volvió, sonriendo burlonamente.

—Ya anticipamos un buen cheque para los gastos, ¿no? Y en un Banco de la ciudad hay otro, certificado. Lo hemos hecho siguiendo sus instrucciones. Son ustedes bastante desconfiados, pero le aseguro que mis jefes pueden contratar los servicios de usted y de todos los especialistas de plantilla de su maldita Corporación.

—Vamos, no se moleste. Simplemente quise referirme a que lo que hacen deberá ser muy importante si pretenden sacarle beneficios a la inversión.

La muchacha abatió las manos sobre sus caderas, resopló y continuó caminando hacia el hotel situado al otro lado de una circular plazoleta en cuyo centro se levantaba un pequeño jardín celosamente cuidado.

En el vestíbulo aseguraron a Tomm que su maleta ya se encontraba en sus habitaciones. A Sheila la informaron que en el salón les aguardaban con impaciencia.

—No perdamos el tiempo. D. L. y Chester deben estar royéndose las uñas. Le recuerdo que me prometió no revelar mi retraso.

Tomm alzó la mano derecha, como si fuera a jurar y rió.

En el salón dos hombres se levantaron de sendos sillones cuando les vieron entrar. Tomm los estudió. Uno de ellos podía tener unos cincuenta años, era delgado, sin grasa alguna y sus cabellos, densos y peinados hacia atrás, empezaban a blanquear en los aladares. El otro era un poco más joven. Lucía unas anacrónicas gafas de concha, y aunque no estaba obeso parecía de lentas reacciones. Su apariencia daba la sensación de cansancio y aburrimiento.

—Le saludamos, señor Ersel. Bien venido a Marte —dijo D. L., estrechando la mano de Tomm.

—Gracias. Es la segunda vez en menos de una hora que me dan la bienvenida —miró a Sheila y sonrió mordazmente—. Han sido muy gentiles enviando a una linda chica a recibirme.

Chester Molnar se presentó y Tomm notó una profunda turbación en él.

—Sentimos mucho no haber ido nosotros también, señor Ersel, pero tuvimos que llamar a Aldea Beta. El señor Todd tenía necesidad de consultamos.

—Tranquilo, Chester —dijo D. L.—. El señor Ersel aún no sabe quién es Arnold ni Aldea Beta.

—Se equivoca. La señorita Sheila tuvo la gentileza de informarme

de algunos detalles mientras veníamos.

—Mejor así. ¿Nos sentamos?

Lo hicieron alrededor de una mesa en donde les esperaban vinos y licores. Mientras Sheila llenaba unos vasos, Tomm no se pudo contener e inquirió:

—Me aseguraron en la Tierra que tan pronto estuviésemos reunidos me explicarían para qué precisan de un especialista de la Corporación.

D. L. había tomado el vaso que le tendía Sheila. Se lo llevaba a los labios cuando pareció cambiar de idea. Jugó con él entre las manos y dijo seriamente:

—Hemos descubierto algo cerca de Aldea Beta que antes de hacerlo público queremos cerciorarnos si procedemos decentemente. Necesitamos la ayuda de un especialista, de su ayuda, señor Ersel.

—¿Qué han descubierto?

—Algo que quizá nunca debíamos haber encontrado. Es demasiado grande, demasiado sorprendente… y mortal tal vez.

CAPITULO II

Tomm arrugó el ceño y miró uno por uno a los dos hombres y finalmente posó sus ojos en Sheila.

—Creo que es hora de comenzar con los detalles, no les parece?

—Desde luego —dijo D. L.—. Por supuesto que queremos contárselo todo. ¿No es lógico si le hemos contratado?

—Pueden comenzar.

D. L. Sealy miró recelosamente en derredor. Había varias personas en el salón y sugirió:

—De todas formas, tenemos pensado salir para Aldea Beta dentro de una hora y creo que será mejor contárselo todo durante el viaje. Tardaremos unas cuatro horas en llegar y tendremos tiempo de discutir todos los pormenores.

—Pensé que iba a permanecer unos días en el hotel... —masculló Tomm.

—¿Está cansado? —intervino Chester Molnar—. Si lo desea, podemos postergar la salida hasta mañana.

Tomm notó que la mirada de Sheila se volvía trémula y miró a ambos hombres con gesto suplicante.

D. L. movió la cabeza negativamente.

—No. Tenemos que salir hoy mismo. No quiero dejar a Arnold solo mucho tiempo.

Ante aquellas palabras, Sheila se tranquilizó, lo cual no pasó inadvertido para Tomm, quien comenzó a preguntarse quién era Arnold Todd y lo que representaba para la muchacha.

—¿Cuándo partimos exactamente? —suspiró Tomm—. Si dispongo de una habitación, desearía tomar una ducha. ¿Tengo tiempo?

—Por supuesto. Tómese el que quiera. Realmente, pensábamos quedamos un día o dos en la ciudad, pero hemos tenido que cambiar los planes.

La mente adiestrada de Tomm comenzó a funcionar, entornó los ojos y preguntó suavemente a D. L.:

—¿Acaso ese súbito cambio tiene algo que ver con la comunicación sostenida con Aldea Beta y que les impidió ir a recibirme?

Tomm podía haber previsto que los dos hombres adoptasen una postura molesta ante su pregunta. Si lo hizo se equivocó. D. L. y Molnar sonrieron ampliamente y el primero dijo:

—Es usted observador, Ersel. Y eso nos servirá de mucho. En realidad es lo que queremos de usted, que se encargue de colocar cada pieza del rompecabezas en su sitio y decimos lo que es.

Sheila se había levantado. Otra vez estaba nerviosa.

—¿Qué le sucede a Arnold? —preguntó.

—Nada hasta ahora —replicó D. L.—. La Piedra ha vuelto a actuar. Pero no te alarmes. No ha pasado nada. Todo está tranquilo.

Acarició las mejillas de la muchacha y, seguido por Chester, se dirigió a la salida del salón, diciendo a Tomm:

—Cuando esté listo, nos avisa, Ersel. Estaremos en la sala de comunicaciones.

—¿Otra llamada a Aldea Beta? —preguntó Sheila.

—No. Se trata del regidor local. Parece que tiene algunas preguntas que hacemos. Luego lo explicaré todo. Un poco de paciencia.

Salieron seguidos por las miradas de Tomm, curioso, y de Sheila, totalmente tranquila.

—¿Teme que le oculten algo? —preguntó Tomm a la muchacha.

—No lo creo. Nunca lo han hecho.

—No parecen comportarse con usted como unos jefes severos.

—Nunca han sido severos.

—Pues tenía mucho miedo de que les dijese que no estuvo en el espaciopuerto...

—Es que no se me averió el coche... porque en realidad no lo tengo.

—No entiendo...

—Perdí mucho tiempo realizando una gestión.

—Si es concerniente a mi trabajo, deseo conocer lo que la entretuvo.

—Lo siento. Hice una visita que carece de importancia. Hasta luego.

Tomm dejó que pasara un rato desde que se marchó Sheila antes de salir del salón. Ese tiempo lo empleó en pensar. Disponía aún de pocos datos, pero llegó a la conclusión que el asunto se estaba poniendo interesante.

Recordó las instrucciones de sus jefes. Todo especialista de la Corporación podía abandonar el trabajo encomendado si no estaba satisfecho con él. Y D. L. Sealy tendría que pagar la factura de todas formas, aunque se ahorraría el alto porcentaje que había que añadir si al final el trabajo era resuelto satisfactoriamente. De todas formas, la Corporación ganaría un buen dinero y Tomm una elevada comisión, tal vez suficiente para pagar las reparaciones que Susana quería hacer en el hogar.

D. L. no podía llamarse a engaño si él abandonaba Marte alegando que no le interesaba seguir trabajando para él. Al solicitar los servicios de la Corporación sabía a lo que se exponía. Pero raramente un especialista hacía tal cosa. Sólo en dos o tres veces ocurrió una

deserción. Y el especialista tenía toda la razón, puesto que los clientes preparaban un colosal fraude y fueron descubiertos a tiempo. La misión del especialista no era denunciarlos, pero su gesto de abandono atrajo la atención de las autoridades y todo el complicado tinglado fue descubierto.

Por supuesto que Tomm no tenía intención de abandonar..., al menos por el momento. Esperaría, como era su obligación, a conocer todos los pormenores. Y para eso tenía que ir a la llamada Aldea Beta, en donde parecían ocurrir cosas extrañas.

Pero antes esos tipos tendrían que contarle todo lo que él quisiera saber. Estaba estipulado en el contrato.

Los clientes de la Corporación tenían que confesarse con los especialistas hasta llegar a los más mínimos e insignificantes, detalles.

Pensó que Susana se llevaría una gran alegría si le veía volver tan pronto. Acarició por un segundo la idea y en seguida la rechazó. El nunca sería capaz de hacer tal cosa sin motivos suficientes, aunque sus jefes no le pedirían detalles si lo hacía.

La Corporación tenía absoluta confianza en sus hombres.

Tomm lanzó un quedo suspiro y se dirigió a su habitación. Se ducharía tranquilamente y bajaría a buscar a los clientes cuando hubiese practicado una corta sesión de relajamiento. No sabía exactamente por qué, pero intuía que iba a necesitar de una concentración mental completa.

*

—Aún estás a tiempo.

D. L. se volvió y gruñó entre dientes:

—No pienso decir nada al Regidor.

Chester se encogió de hombros.

—Entonces ya no podremos volvemos atrás —dijo.

—Lo sé.

—Corremos mucho riesgo.

—También lo sé. Pero creo que si permitimos que las autoridades metan sus narices en el asunto nos apartarán de él. Usarán unos métodos drásticos. Entonces relacionarán la Segunda Roca con ésta y pulverizarán ambas sin pensarlo dos veces.

—A veces pienso que sería lo mejor.

D. L. miró a Chester como si no diera crédito a las palabras que había escuchado.

—¿No sabes lo que eso significaría? Perderíamos la gran oportunidad de nuestras vidas. ¿Para qué hemos estado entonces estos años arañando los desiertos de Marte? Al fin tenemos algo que ofrecer al mundo, algo que dejará con la boca abierta a todos los científicos...

—Pero no hemos encontrado lo que pretendíamos.

—Olvida las quiméricas ciudades marcianas. Lo que tenemos entre manos es más importante.

—Pero también puede ser muy peligroso. Tú lo reconoces así.

—Para eso hemos llamado a un especialista de la célebre Corporación de Imposibles, ¿no?

—No te dejes sugestionar por el pomposo nombre; de esos detectives. Antiguamente se les llamaban investigadores. Dudo que Tomm Ersel pueda hacer otra cosa que no sea poner una cantidad de seis cifras en su minuta.

—Podemos pagarla.

—De acuerdo, de acuerdo. Pero no te olvides que el Regidor espera con impaciencia tu llamada. ¿Qué le dirás?

D. L. guardó silencio y dijo al cabo de un rato, mientras se dirigían al mostrador:

—Nada que nos perjudique.

—Tal vez ahora no, pero más tarde es posible que todo lo que le digas ahora se vuelva contra nosotros. ¿Es que olvidas a Ray Byrne?

El científico se detuvo y respondió con acritud:

—¿Cómo puedes pensar que puedo apartármelo de la mente? Pero ya llegamos a la conclusión que nadie hubiera podido hacer más por él de lo que nosotros hicimos.

—Su esposa está intranquila…

—Le mandamos un mensaje la semana pasada diciéndole que los trabajos se prolongarían más tiempo.

—De todas formas debimos dejar que Sheila la visitara.

—Hubiera sido contraproducente. Esa idea de Sheila no me gustó.

—¿Por qué?

—No sé. Quizá porque la señora Byrne hubiera sospechado que tratábamos de ocultarle la verdad.

—Alguna vez sospechará. E irá directamente a las autoridades. Tal vez al mismo Regidor.

—Confío que para entonces ya tendremos una respuesta adecuada.

—Sí, con la ayuda de Ersel —ironizó Chester.

—¿Por qué no? Deja tiempo y juzga entonces el trabajo de Ersel. Pese a todo, estoy seguro que los de la Corporación saben su oficio.

La chica que trabajaba detrás del mostrador miró la ficha que le presentó D. L., movió unos botones de un tablero lleno de ellos que tenía delante de él y contestó:

—En la cabina cuatro tendrá la comunicación dentro de veinte segundos.

Los dos hombres se dirigieron a la esfera transparente. Se sentaron frente a la pantalla y Chester cerró la entrada, manipulando después el mando que tomaba el cristal opaco.

Apenas lo hubo hecho cuando en la pantalla apareció el rostro largo, caballuno, del Regidor. Era un africano con bastante sangre europea en sus venas. Su cabello cano parecía relucir como una corona de pulida plata. Miró a los dos hombres y saludó con una leve inclinación de cabeza.

Después de los saludos verbales, el Regidor fue directo a la cuestión.

—Esperaba desde ayer su llamada, señor Sealy.

—Ayer aún estábamos en Aldea Beta, señor. Llegamos ayer por la noche a la ciudad y no nos pareció oportuno molestarle a tan avanzada hora.

—Muy considerado por su parte —sonrió levemente el Regidor con ironía—. De todas formas sus actividades en esa zona me inducen a pensar que me ocultan algo.

D. L. y Chester intercambiaron una mirada de alarma. Pero en seguida el viejo reaccionó y dijo con calma:

—¿Por qué teníamos que ocultar algo, señor?

—Han restringido el área. Ni siquiera mis agentes pueden penetrarla.

—Es lo acostumbrado en estos casos. Disponemos de permiso del Alto Consejo Terrestre para...

—Lo sé. No es preciso que me lo repitan —le interrumpió el Regidor—. Sé hasta qué punto ese condenado permiso les autoriza. Pero no olviden, señores, que puedo apelar al Alto Consejo y desautorizarles.

—Eso iría en contra de las disposiciones vigentes acerca de las exploraciones arqueológicas...

—Vamos, señor Sealy. No me haga reír. Hace muchos meses que llegó a la conclusión que donde levanta su campamento, llamado Aldea Beta, no hay nada que pueda inducirle a pensar que allí existen rastros de una hipotética civilización marciana. Ya debe tener todo el terreno bien rastrillado. Pero estoy seguro que algo habrán encontrado. ¿Qué es? Me gustaría que me lo dijese... por su propia voluntad.

—Le aseguro que no tendré el menor inconveniente en hacerlo cuando el trabajo termine.

—De todas formas, desearía un anticipo.

D. L. negó con la cabeza.

—Es totalmente imposible, señor.

—Sabe que puedo suspender los trabajos.

Chester se humedeció los labios y miró a D. L. El viejo parecía sereno, pero sabía que dentro de él existía cierto nerviosismo. El Regidor era un tipo duro, que no vacilaría en solicitar del Alto Consejo la suspensión de su prioridad de investigación. Pero eso

requeriría su tiempo. Al menos dos o tres semanas. Se preguntó si aquél iba a ser un plazo suficiente.

—Está bien —suspiró D. L.—. Le anticiparé que hemos hallado un dato que nos puede llevar a descubrir restos importantes de los desaparecidos marcianos. Creemos que pronto sabremos dónde podremos marchar a excavar con garantía de éxito. Pero denos tiempo, Regidor.

—¿Por qué no permiten a mis agentes entrar en el área?

—Molestarían mucho. ¿Puedo hacerle una pregunta, señor?

El Regidor se puso en guardia.

—Puede —dijo.

—¿Por qué se toma tantas molestias con nosotros? Cientos de expediciones científicas han obtenido permiso de exploración, acotadas sus áreas, y usted nunca se inmiscuyó en su labor. ¿Por qué lo hace con nosotros?

El Regidor lo pensó bastante antes de responder:

—Tengo datos. Sé que algo raro está sucediendo en Aldea Beta. Y llevan allí más tiempo del normal en estos casos. Existe algo misterioso en torno a ustedes. Y, para colmo, llega un especialista de la Corporación contratado por ustedes con toda urgencia. Y también existe la compra enorme de armas realizada en la ciudad hace trece días. ¿Pueden explicarme todo esto?

D. L. se mordió los labios. No podía esperar que el Regidor ya supiera lo de Tomm Ersel. Se había enterado pronto. Tal vez lo sabía desde que Ersel abordó la nave en la Tierra para dirigirse a Marte. O quizá interceptó los mensajes de Chester a la Corporación solicitando la presencia en Aldea Beta de un especialista.

—Estamos dentro de la ley, señor —replicó D. L., no encontrando otra respuesta más directa. Era una evasiva que podía disgustar al Regidor.

Evidentemente, el alto jerarca de la ciudad torció el gesto, demostrando que la réplica le había sentado mal.

—Se asombrarían si les dijese todos los delitos que pueden cometerse al amparo de las leyes. Está bien. Aprecio que no desean cooperar. No quiero amenazarles, pero les aseguro que encontraré cualquier motivo para tener una excusa e interrumpir sus trabajos. Y, si es posible, les demandaré y haré encarcelar si su proceder es delictivo.

—Estamos tranquilos al respecto —dijo D. L., con poca convicción.

—Mejor será para ustedes. Ya están advertidos que usaré cualquier desliz suyo para molestarles. Yo también sabré usar los recovecos de las leyes a mi manera. Buenos días, señores.

La imagen del Regidor se esfumó de la pantalla, quedando opaco el cristal.

—Bien, ya estamos advertidos. Lo hemos oído —susurró Chester—. ¿Qué piensas hacer?

El hombre se levantó del asiento y salió de la cabina seguido por Chester, a quien respondió:

—Seguir. Aún tenemos tiempo.

—Muy poco, por cierto.

—Lo siento, Chester, pero estoy decidido a no permitir que las malditas comisiones científicas de la Tierra acudan a investigar. Si hallan algo sensacional, el mérito será para ellos, y si ocurre lo contrario, sus burlas serán escuchadas hasta en Plutón. Pero si tú lo deseas, puedes dejarlo todo. Sabré comprenderlo.

—Maldito viejo testarudo. Eres un granuja. Quieres quedarte solo para acumular honores, ¿verdad?

D. L. se detuvo y miró a su acompañante. Empezaron a darse golpes en la espalda y estallaron en ruidosas carcajadas.

—Sabía que no eres de esos que se asustan fácilmente. Cuando el Regidor se canse de esperar mis noticias ya sabremos lo suficiente de la Roca de Marte para poder marchamos a la Tierra y terminar de averiguar lo que nos interese en la otra.

Chester se tornó súbitamente serio y preguntó:

—Aún no tenemos noticias de que la Segunda Roca haya entrado en actividad. Ansío poderla inspeccionar.

—Yo también.

—Tal vez no tengan ninguna relación entre sí…

—Eso no puede ser. Delmer la vigila constantemente. Sus últimos informes aseguraban que ahora ha entrado en un proceso igual al que tuvo la de Aldea Beta hace seis meses. Eso nos da un buen margen de tiempo.

Se dirigieron de nuevo hacia el salón del hotel. Se detuvieron en la puerta, tratando de localizar a Sheila No la vieron por ninguna parte. Entraron y se acomodaron en asientos apartados, en donde no podían ser oídos.

—El problema será Ray Byrne —recordó Chester, encendiendo un cigarrillo.

—Será solucionado a su debido tiempo.

—¿Cómo? —rió mordaz Chester—. ¿Encerrándole en una jaula y cobrando un crédito por dejarlo ver?

—Eso no tiene ninguna gracia, Chester.

—Lo siento. Pero es que cada vez que me acuerdo de Ray me enfurezco.

—Fue un imprudente.

—Es posible.

—Yo le advertí. No me hizo caso.

—Pero él descubrió la roca. Siempre he creído que por haber sido

él el primero en entrar en contacto ella sufrió las consecuencias.

—Tal vez haya sido mejor así.

—¿Qué dices?

—Quiero decir que si Ray no hubiera sufrido con antelación el período de incubación, es posible que ahora todos nosotros nos encontrásemos en su misma situación. Cuando llegamos a Aldea Beta él llevaba allí ya mucho tiempo. Lo hicimos justo a tiempo para empezar a descubrir el cambio que se operaba en él. Fue una suerte que nos diésemos cuenta del peligro.

Chester asintió con pesadez.

—Sí, fue una suerte.

CAPITULO III

Arnold Todd terminó de realizar sus ejercicios matutinos y salió al exterior. Las aspiraciones fueron efectuadas con sumo cuidado, para evitar el mareo cardíaco que algunos sufrían al usar el tenue aire marciano.

Como era obligado, llevaba colgado del cinturón pequeño depósito de oxígeno, aunque él nunca lo había necesitado. Podía respirar la atmósfera marciana sin problema alguno durante muchas horas seguidas tan bien como podía hacerlo un humano nacido en planeta.

Hacía frío aquella mañana, quizá doce o catorce grados bajo cero. Pero las prendas calefactoras le defendían bastante bien.

Arnold anduvo hasta la construcción cúbica, metálica y triste que se levantaba a unos doscientos metro de Aldea Beta, aislada por una fuerte cerca metálica que constantemente estaba electrificada. Al llegar ella sacó su codificador y lo introdujo en la ranura. El zumbido cesó. Durante diez segundos la electricidad dejaría de pasar por los cables.

Abrió la puerta y se dirigió hacia la puerta metálica. Ante ella necesitó varios minutos para lograr la apertura de la cerradura. Una vez dentro se halló en un pequeño vestíbulo. Otra puerta cerrada había al fondo. En su centro estaba una pequeña mirilla protegida por un grueso cristal.

Arnold se sintió nervioso. Era una sensación que no podía evitar cada vez que entraba en el cubo. Pero era su obligación hacerlo cada día, observar lo que había al otro lado de la puerta.

Cuando estaba a punto de mirar al interior a través de la mirilla escuchó cómo se detenía el rugido de un motor. Sonaba lejano y calculó que lo había hecho junto a las viviendas de Aldea Beta.

Salió del cubo y franqueó la cerca una vez que hubo alterado el paso de la corriente. Vio al vehículo detenido delante del edificio principal, construido en aluminio.

Dos empleados armados acudían para ayudar a bajar a los recién llegados.

Arnold sonrió ampliamente al descubrir la figura de Sheila saltar ágilmente al suelo. Ella en seguida le vio y le agitó el brazo a guisa de saludo. Arnold hizo lo mismo y ejecutó lo que pocos hombres no nacidos en Marte podían hacer, echó a correr. Sus zancadas eran grandes gracias a la menor gravedad del planeta.

Sheila tampoco llevaba máscara. Desde muy pronto asimiló las instrucciones de Arnold y podía soportar hasta seis o siete horas el débil aire marciano.

La chica saltó cuando estaba cerca de Arnold, arrojándose a sus brazos. Se besaron repetida y ardientemente.

Tomm Ersel no quería correr el menor riesgo y antes de descender de la cabina del vehículo se colocó la pequeña mascarilla sobre la nariz. De todos sus acompañantes, únicamente la usaba también D. L. Sealy, quien le aseguró que sus años no le permitían hacer imprudencias.

Al bajar del vehículo, Tomm vio correr a Sheila y la siguió con la mirada hasta que se fundió en aquel apasionado abrazo con el joven que corría por la superficie terrosa con tanta facilidad.

—¿Quién es ese hércules? —preguntó a Chester.

—Arnold Todd. Un buen chico. ¡Todd! —gritó, llamándole.

—Vamos al interior, Ersel —dijo D. L., tirándole de la manga. Parecía respirar con dificultad y su nerviosismo aumentaba.

Tomm le siguió, llevando su pequeña maleta de la mano derecha. Habían salido de la ciudad apresuradamente. Cuando él planteó el problema que tenía de escasa ropa, Chester le aseguró que en Aldea Beta le .entregarían otra más adecuada para desenvolverse por aquel terreno.

Antes de entrar en la edificación se volvió y observó que la pareja se dirigía también hacia allí cogidos por la cintura.

Pero había algo que había llamado su atención desde que llegaron. No pudiéndose contener más, preguntó a Chester cuando entraban en lo que parecía ser una sala de conferencias:

—¿Por qué están armados esos hombres?

—Simple precaución.

Tomm recordó muchas cosas archivadas en su mente y dijo:

—Usan su privilegio de exploración, ¿verdad?

—Desde luego. No queremos interferencias.

—Esa es una prerrogativa que en algunos sitios las autoridades locales miran de mal modo.

—Y esto no es una excepción —rió Chester.

—¿Problemas con el Regidor de zona?

D. L„ ya desprovisto de su mascarilla y respirando d aire del interior del local con satisfacción, se acercó curioso.

—¿De qué hablan?

—Simplemente opino que no es bueno indisponerse con las autoridades —sonrió Ersel.

D. L. miró ceñudo a Chester.

—¿Ya le has contado lo del Regidor? Podías haber esperado un poco, ¿no?

—No he dicho nada, D. L. El señor Ersel está demostrando su inteligencia y él solo ha llegado a esa conclusión.

El viejo gruñó y tomó asiento en el lugar preferente de la mesa,

indicando a todos que se sentasen cerca de él. Habían entrado Sheila y Arnold. Señalando al último, D. L. dijo a Tomm:

—Este es el célebre Arnold Todd, señor Ersel. Es el afortunado hombre que ha vuelto loca a la hermosa Sheila. La tuve que traer de la Tierra para proceder al deshielo del gélido corazón de Arnold.

Tomm estrechó la mano grande y fuerte de Arnold.

—¿Ha nacido en Marte?

—No —rió Arnold—. Pero casi, en realidad. Llegué cuando tenía ocho años. Tal vez por eso soy tan alto.

Tomm asintió. Los humanos que nacían en Marte alcanzaban una estatura que fácilmente se acercaba a los dos metros. Se decía que en unas generaciones más existirían en Marte auténticos marcianos, una raza nueva. Tuvo que reconocer que Sheila, al ser bastante alta para su condición de mujer, formaba con Arnold una buena pareja. Se acordó de Susana y su soledad actual y no pudo reprimir unos extraños celos nacer en él al ver la felicidad reflejada en los ojos de los dos jóvenes.

—Arnold es un notable científico. En realidad estamos en Marte por su causa. Nos llamó y logró sorprendemos cuando nosotros habíamos creído descubrir en la Tierra algo singular. Si al principio nos desilusionamos, más tarde tuvimos que comprender que el hallazgo de Arnold ayudaba a hacer más importante el nuestro...

D. L. contuvo la charla de Chester con un ademán, diciendo:

—No confundamos prematuramente al señor Ersel. Debemos empezar por el principio.

Tomm resopló.

—Creo que será lo mejor. Me dijeron antes de salir de la ciudad que durante el viaje sería informado...

—¿Por qué no lo hicieron? —preguntó Arnold, sorprendido—. Tuvieron bastante tiempo...

—D. L. se indispuso —explicó Sheila.

—¿Otro ataque? —preguntó, alarmado, Arnold.

D. L. sonrió, dirigiéndose a Tomm.

—Sufro ataques al corazón. Mejor dicho, antes, en Tierra, los sufría más a menudo. Pero aquí me encuentro mucho mejor. En realidad, no ha sido nada importante. Olvidémoslo.

—Debe cuidarse, D. L. —dijo Sheila—. Y olvidar volver a la Tierra. No resistiría otro viaje por el espacio. —Miró a Tomm y explicó—: Ya tuvo problemas cuando nos trasladamos desde la Tierra. Pensamos que no conseguiría llegar y...

—Vamos, Sheila. No exageres. Es cierto que estuve mal, pero la escasa gravedad marciana me mejoró mucho. Y en cuanto al viaje de regreso ya hablaremos de eso cuando llegue el momento.

D., L. se pasó la mano por sus plateados cabellos, emitió una

sonrisa de confianza y dijo a Ersel:

—Es hora que comencemos con las explicaciones, señor Ersel.

—Estoy ansioso por oírlas.

—Todo comenzó cuando hace dos años organicé una expedición científica al mismo centro de lo que queda del desierto de Sahara —empezó a decir D. L.—. Tenía la fe de que allí iba a encontrar algo sensacional. Todo fue porque cayó en mi poder el relato registrado por unos hombres del desierto que comunicaron a las autoridades que habían visto cierta extraña roca. A raíz de aquello estalló el conflicto africano y el suceso quedó en el olvido. Yo encontré los viejos periódicos en los cuales se daba la noticia de que un grupo de hombres de ciencia iban a salir para allá. Desde luego, no tuvieron tiempo de hacerlo. La guerra duró más de un año y luego la zona quedó tan mal parada que nadie se preocupó por escudriñar un lugar reseco aún, que se resistía a convertirse en un jardín.

»Chester y Sheila me acompañaron al Sahara. —D. L. suspiró—. Como siempre, mis colegas se burlaron de mí. Siempre he pregonado que iba a hacer trabajos fabulosos y todas mis empresas terminaron en rotundos fracasos. ¿No sabía, señor Ersel, que soy lamentablemente famoso porque siempre he afirmado que existió una civilización en Marte y que algún día yo descubriría sus ruinas?

Tomm negó con la cabeza.

—Ha herido mi amor propio. Creí que era más famoso. —D. L. sonrió con tristeza—. Pero me lo esperaba. Bien, prosigamos. Llegamos al lugar indicado y fue grande nuestra sorpresa cuando a los tres días encontramos lo que buscábamos. La verdad es que no confiábamos lograrlo tan pronto. Las viejas crónicas hablaban de que los nativos habían hallado una roca que emergía de las montañas. Comenzó a hacerlo después de un ligero temblor sísmico. Sus rústicas mentes se asustaron y no se quedaron allí más tiempo.

»Pero nosotros hallamos la roca fuera ya de la montaña. Apenas la vimos llegamos a la conclusión que esa roca cilíndrica había estado en el interior de la montaña y ahora había salido al exterior destrozando su pétrea cobertura.

—¿Una roca enterrada en una montaña que surge de su interior? —preguntó Tomm, ceñudo.

—Así es. Alrededor de la roca vimos las evidencias que ocurrió de esa forma, aunque parezca inverosímil —dijo Chester.

—La Roca —la llamamos con mayúscula desde el principio porque para nosotros no hubo ya otra roca más importante— es de un material metálico, rugoso, que desde lejos parece granito. Su color es gris azulado. Intentamos desprender un trozo para analizarlo y fracasamos pese a emplear los medios más rudos. Es imposible mellar la roca. Incluso usamos el láser.

—¿Cómo es que no dieron cuenta inmediatamente de su descubrimiento? —preguntó Tomm.

—Ya le he dicho antes, Ersel, que soy considerado como un científico chiflado. Temí que no me hubieran creído. Y si me hubieran hecho caso, mis apreciados colegas se habrían adueñado de mi descubrimiento. Preferí averiguar antes todo lo que pudiera de la Roca. Entonces se me unió Delmer Power, cuando llevábamos varios meses acampados junto a la Roca. Delmer traía una noticia sorprendente. Un amigo suyo que vivía en Marte, Arnold Todd, había descubierto una segunda roca, similar a la nuestra en el Sahara. Pero esta roca marciana parecía que había salido a la superficie mucho antes que su hermana terrestre. Ambas eran idénticas, pero existían ciertas diferencias notables.

—¿Qué diferencias?

—La Roca marciana emitía una extraña radiación y su color ya era azul intenso, lo que nos podía hacer pensar que era más vieja que la terrestre. La del Sahara aún estaba en un estadio, digamos, de nacimiento, si me permite este término.

»Dejamos a Delmer Power vigilando lo que tuvimos que llamar Segunda Roca por ser más joven, y nos vinimos a Marte a aseguramos que era cierto lo que Arnold decía.

D. L. hizo una indicación al joven para que él prosiguiera con el relato.

—Yo trabajaba en Laboratorios Sernes Inc. cuando un fin de semana, junto con Ray Byrne, un compañero de trabajo, nos fuimos al desierto en busca de piedras raras. Queríamos pasamos las vacaciones lejos de la ciudad. Aunque Byrne es casado, su esposa no accedió a acompañarnos, por lo que nos vinimos los dos. Sabíamos que existía un lugar idóneo en esta zona. A la semana de estar aquí descubrimos la Roca. Al igual que a D. L., nos sorprendió mucho. Volvimos a la ciudad y llamamos a la Tierra a nuestro común amigo Delmer, quien nos dijo que conocía al hombre que podía interesarle nuestro descubrimiento. En realidad Delmer ya conocía el descubrimiento de D. L. en el Sahara.

A Tomm no se le escapó que Arnold callase de pronto, volviéndose muy serio. Apresuradamente, D. L. siguió:

—Al regresar a la civilización dije que abandonaba mis investigaciones en el Sahara y que comenzaba seriamente mi proyecto de localizar las minas de la hipotética civilización marciana. Escuchando las risas de mis colegas, solicité del Alto Consejo un permiso para acotar la zona en donde estamos. Me fue fácil y entonces partimos para Marte. Queríamos ver por nosotros mismos si era cierto que ambas rocas eran iguales, pero que la marciana presentaba un proceso evolutivo más avanzado, proceso que ya

habíamos comenzado a apreciar en la del Sahara.

D. L. aspiró profundamente el aire. Sacó de su traje una cajita de la que extrajo, una pastilla que se introdujo bajo en la boca. Sheila le ofreció un vaso de licor. Luego fue llenando otros que repartió. El viejo hizo una mueca. Parecía costarle trabajo seguir con el relato. Antes de hacerlo miró fijamente a Tomm Ersel, como si le pidiera confianza en él para creer lo que iba a escuchar.

—Podrá culpamos más tarde, cuando lo sepa todo, de ignorancia, pero estamos seguros que usted, en nuestras mismas condiciones, habría cometido igual error. Fuimos imprudentes, tal vez, pero debemos recordar que nos encontramos con algo totalmente diferente a lo conocido, algo que no puede pertenecer ni a la Tierra ni a Marte. La materia que constituyen las Rocas es algo absolutamente desconocido para nosotros. Es distinto a todo.

»Al llegar aquí nos dirigimos en seguida donde estaba la Roca. Sheila, Chester y yo, que habíamos visto la de la Tierra, en seguida comprendimos que aquélla, pese a ser igual, se encontraba en un estado más avanzado. Desde lejos, sin atrevemos a acercamos, la medimos y calculamos su peso. Era igual, pero con un grado de radiación más elevado y luciendo un color azul total. El gris había desaparecido. Parecía más madura, como si ya hubiera llegado a poseer lo que debía alcanzar.

»Ordené que nadie se acercara a ella y dispusimos una cerca que comenzaba donde las radiaciones no eran mortales. Dije que necesitábamos unos trajes especiales para inspeccionarla de cerca. Entonces Ray Byrne se rió de mis aprensiones, contestando que las radiaciones no eran apenas Alfa, que un ser humano podía resistirlas con simple traje vulgar.

»De todas formas, insistí en que debíamos proceder con cautela. Mandé a Sheila a la ciudad por más equipo y levantamos Aldea Beta. Nuestra concesión nos daba derecho a impedir que nadie entrase en nuestros dominios, incluso las autoridades locales. Presentíamos que íbamos a estar aquí mucho tiempo y queríamos disponer de comodidades y un buen laboratorio. Contratamos hombres indicados por Arnold, de absoluta confianza, para que nos ayudaran.

»El enigma de la Roca nos traía locos a todos. Cuando tuvimos los trajes nos acercamos a ella. La radiación había aumentado. A varios metros del cilindro era tal que temíamos no estar suficientemente protegidos. Tuvimos que ampliar el cerco de seguridad y buscar trajes protectores más gruesos. Nuestro trabajo de investigación avanzaba muy lentamente.

»Entonces fue cuando Ray Byrne empezó a dar muestras de desajuste metabólico. Cuando le dijimos que íbamos a llamar un médico nos confesó que se había aproximado a la Roca sin traje e

incluso la tocó. Permaneció cerca de ella mucho tiempo.

»Yo conozco bastante cómo tratar a un hombre contaminado y solicité el equipo para sanar a Byrne. No queríamos que en la ciudad y el Regidor supiesen que en Aldea Beta existía un foco de fuerte radiación. Pero tengo que confesar que mis conocimientos fracasaron. El mal de Ray era distinto a todo lo que yo conozco.

»Entonces se presentó violentamente la realidad.

Al callar D. L. y no parecer tener intención de seguir, Tomm se sintió impelido a preguntar:

—¿Qué realidad es ésa?

D. L. se levantó. Dirigiéndose a la puerta, dijo:

—Sígame. Le mostraré lo que es ahora Ray Byrne.

CAPITULO IV

Tomm Ersel se acercó a la jaula de barrotes gruesos de acero y vidrio. Miró y sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Un ser avanzó lentamente bajo la potente luz qué colgaba del techo de la jaula. Se pegó contra el fuerte vidrio y miró a su vez a Tomm. A los demás pareció ignorarles.

Tomm no pudo resistir aquella mirada penetrante, hecha con ojos que no parpadeaban, y retrocedió un paso.

—¿Asustado? —preguntó Arnold.

No había mordacidad en su voz, sino que reconocía como lógico el miedo en Tomm si éste lo sentía.

—Tal vez lo estoy un poco —musitó Tomm—. Pero me ha impresionado mucho.

—Es lógico —asintió D. L.—. Nosotros no lo estamos tanto porque hemos visto gradualmente el cambio que se operaba en Ray. Estoy seguro que verlo de súbito habría producido en nosotros una reacción mucho peor que en usted, Ersel.

Tomm agradeció en silencio las palabras del viejo. La vergüenza que había sentido por el paso dado hacia atrás desapareció. Recobró su sangre fría y se dedicó a estudiar lentamente y a conciencia lo que había dentro de la jaula.

Ray aún conservaba mucho que lo pudo haber sido un día no muy lejano todavía. Continuaba sostenido sobre sus dos piernas, pero que ahora eran desmesuradamente gruesas. Gracias a su total desnudez, Tomm notaba que la piel carecía de vello y relucía bajo la fuerte luz blanca. La expresión de su cara era inalterable. Parecía no disponer de ningún músculo facial para gesticular. Sólo de vez en cuando abría y cerraba la boca, y en una de aquellas ocasiones, Tomm pudo descubrir unos dientes negros y largos, como de tiburón.

Las manos de Ray eran grandes y sus dedos muy largos. Los músculos de sus brazos parecían querer romper la carne. El cráneo, calvo, era de un tamaño muy inferior al normal. En cambio, las orejas eran grandes y muy pegadas a la cabeza.

Pero lo más destacado en el aspecto de aquel ser era el pecho, enormemente abombado, como si constantemente estuviese en aspiración.

Sin embargo, lo que más seguía impresionando a Tomm eran los ojos de Ray, que le resultaban de una frialdad total, de color dorado, y parecían brillar.

—¿Ray era...? —empezó a decir Tomm.

—Sí. Ray era tan normal como usted lo es ahora.

—¿Por qué esto?

—Usted ya debe haber comprendido que ha sido a causa de la Roca, Ersel —dijo Chester Molnar—. Ray cometió la imprudencia de acercarse a ella.

—Ya sabemos que una larga exposición a sus extrañas radiaciones provoca esto en el ser humano —añadió Arnold, señalando a Ray, quien seguía mirando a Tomm, pegado su pétreo rostro al cristal.

—¿Cómo fue? ¿Cómo empezó?

—Ray llevaba ya varios días que no era el mismo. Siempre destacó por ser un tipo extrovertido, con ganas siempre de bromear. Acostumbraba marchar a la ciudad a ver a su esposa cada tres o cuatro semanas. Le tocaba hacerlo cuando nos dijo que no tenía intención de volver. Se llevó toda la noche escribiendo a su mujer una carta larga que Sheila se encargó de entregársela personalmente. Después de eso empezó a cambiar. Primero su carácter se tornó violento. Se peleó con varios hombres y a punto estuvo de matar a uno. Perdió el habla, pero antes nos confesó, en uno de sus ya escasos momentos de tranquilidad, que había estado toda una noche junto a la Roca, que se quedó dormido no sabe cómo y cuando despertó era de día. No pudo seguir. Ya todo cuanto decía era confuso. Su lengua estaba atrofiada. Decidimos encerrarle en una habitación. Más tarde construimos esta jaula porque intentó escaparse.

—Pero tuvo que haber existido un medio de curarle —dijo Tomm, sin mucho convencimiento.

—Somos bastante eficaces en esta cuestión, Ersel —dijo D. L.—. Fracasamos todos. El proceso evolutivo no podía ser detenido. Creo que usamos todos los medios. Al principio pudimos tocar su cuerpo porque aún su organismo era sensible a las drogas y lográbamos dormirle. Pero unos días después, ni los más poderosos gases lograban nada.

—¿Quiere decir que es inmune?

—Exactamente. Por entonces ya notábamos que su piel era cada vez más dura. Las agujas hipodérmicas corrientes se rompían como si fueran de paja. Usamos otras más fuertes, pero en seguida resultaron ineficaces. No pudimos lograr extraerle un poco de su sangre para analizarla. Ahora ni siquiera podemos entrar en la jaula. Nos mataría.

—¿Perdió la razón?

D. L. movió negativamente la cabeza.

—No creo que ése sea el término adecuado. Yo diría que Ray dejó de existir para dejar paso a «eso» que tenemos ahí dentro.

*

—No existe radiación alguna, conocida, que pueda provocar este

cambio en un ser humano —dijo Tomm.

—Claro que no. Es una radiación desconocida. No mata físicamente, aunque sí destruye la mente y convierte al cuerpo en algo monstruoso —dijo Arnold— Y lo peor es que aún no creemos que la evolución haya concluido. Los cambios externos apenas sufren variación, pero dentro del cuerpo de Ray deben seguir operándose cambios.

—¿Cómo cuáles?

—No lo sabemos con exactitud, Ersel. Pero Ray cada vez es más poderoso. Su monstruosidad aumenta paralelamente con su poder. En realidad, estamos asustados. No sabemos a qué pueda llegar.

—¿Por eso me llamaron? —preguntó Tomm.

—Sí —dijo el viejo—. Reconocimos que nuestras mentes estaban embotadas. Sólo razonamos como científicos. Necesitamos un cerebro fresco, que piense fríamente, analice los datos y procure llegar a una conclusión rápida. No queremos estar así más tiempo. El Regidor nos presiona para que le revelemos de una vez lo que está pasando aquí. Y también está la esposa de Ray. Creo que empieza a sospechar de la larga ausencia de su esposo. No creo que la carta que la escribiera Ray la contenga por mucho tiempo y se presente aquí de un momento a otro.

—¿Quiere decir que no saben qué hacer ahora? —preguntó Tomm.

—Usted lo ha dicho. Pretendemos que estudie el caso y nos diga qué podemos hacer.

—Yo no soy un científico —rezongó Tomm—. Creo que se han equivocado al solicitar mis servicios. Este caso no es de la competencia de un especialista de la Corporación. Digan toda la verdad al mundo, que los sabios de la Tierra vengan y decidan ellos. Deben llamar hoy mismo al Regidor y ponerlo al corriente.

—Eso no puede ser —dijo D. L.

—¿Por qué no? Es lo lógico…

—Aún le quedan varias cosas por saber, Ersel.

—¿Qué cosas?

—Un equipo de sabios se frotaría las manos ante el espectáculo que ofrece Ray y la incógnita de la Roca. Creo que cuando decidieran algo sería demasiado tarde.

—¿Tarde para qué?

D. L. paseó por la estancia. Tomm le veía muy pálido. Se detuvo delante de él y dijo:

—Somos nosotros los que tenemos que decidir si debemos intentar destruir la Roca… y a Ray.

*

Tomm se quedó de una pieza. Observó los rostros de aquellas personas y se aseguró que no bromeaban. Todos ofrecían un frente común de ideas.

—¿Están locos? —inquirió, intentando ocultar su furia—, ¿Pretenden mi ayuda para esto? ¿Quieren que me convierta en cómplice de asesinato?

—Aún no lo entiende, señor Ersel —dijo Sheila.

—¿Que no entiendo que pretenden quitar de en medio a este desgraciado? —masculló Tomm—. Claro que comprendo Muy bien. No sé aún cómo demonios Ray Byrne se ha transformado en esto. ¿Es absurdo pensar que ha sido víctima de un experimento y ahora ustedes están atemorizados ante las consecuencias?

—No olvide que le llamamos —recordó D. L., nervioso—. No queremos estar al margen de la ley.

—Entonces den parte al Regidor, como primer paso.

—Lo haremos si usted nos lo aconseja después que lo conozca todo.

—¿Qué más hay?

D. L. paseó por el pasillo que circundaba la jaula. Dijo:

—La Roca que hay en la Tierra y la que tenemos cerca de aquí no pertenecen a estos planetas, ni siquiera al sistema solar. Llevan aquí unos treinta mil años, y aunque ambas parecen idénticas, hemos observado ciertas ligeras diferencias.

Tomm comprendió que aquella gente podía estar un poco confusa, pero que carecía de intenciones asesinas. Al menos así se lo dictaba su intuición. Esperó en silencio a que D. L. siguiera hablando.

—A la Roca de Marte le ha sido más fácil entrar en actividad, mientras que la que hay en la Tierra parece encontrar ciertas dificultades en iniciar su proceso de expulsión radiactiva. Es como si se tratase de un motor que fuera a funcionar por primera vez. En cambio, la de Marte ya ha trabajado una vez y su mecanismo es muy apto para volver a trabajar.

—Hablan de esas rocas como si fuesen... —Tomm movió la cabeza, queriendo apartar aquel pensamiento, y dijo—: ¿Qué hay dentro de ellas?

—Pudimos observar por rayos X la del Sahara, ya que su índice radiactivo era muy bajo. Con ésta no hemos podido hacerlo, pero en la primera que descubrimos, que llamamos Segunda Roca, vimos que su interior está lleno de un mecanismo que no se asemeja a nada de lo que conocemos.

—¿Por qué esa envoltura granítica?

—Lo ignoramos. No sabemos para qué pueda servir, ni siquiera el porqué de su forma cilíndrica. ¿Una especie de camuflaje? Es posible.

Tomm se pasó la mano por la cara y volvió su atención al interior

de la jaula. El ser que era Ray había empezado un circular paseo por el interior. Parecía estar muy nervioso.

—¿Qué le pasa? —preguntó.

—Le ocurre a menudo —explicó Arnold—. Mañana le cambiaremos de nuevo. Trasladaremos la jaula otros veinte o treinta metros.

—¿Por qué?

—Tenemos que hacerlo a medida que aumenta la radiación de la Roca. Ray, al parecer, siente su influencia. Ya le hemos hecho retroceder varias veces.

—Así es —asintió D. L.—. Creo que Ray sería capaz de destrozar su cárcel si estuviera a pocos metros de la Roca.

—Es asombroso —musitó Tomm.

—Esa es una buena palabra para definir lo que pasa. Ray parece sentir unas extrañas órdenes que emanan de la Roca. ¿Va comprendiendo por qué necesitamos saber lo que debemos hacer?

Tomm asintió. Se dirigió a la salida.

—Deseo volver a la oficina y revisar todos los registros que tengan… y hacerles algunas preguntas.

—Está bien. Luego nos aproximaremos todo cuanto la prudencia nos permita a la Roca. Supongo que deseará verla, ¿no? —preguntó D. L.

—Desde luego. Oigan, ¿qué come Ray ahora?

D. L. franqueaba la salida cuando respondió, encogiéndose de hombros:

—Ray no come absolutamente nada desde que lo tuvimos que meter en la jaula. De eso hace ya varias semanas.

CAPITULO V

Sheila colocó la taza de café junto a los informes que Tomm acababa de revisar. D. L. y Chester entraron en el despacho y se sentaron frente a él. El primero preguntó:

—¿Se va haciendo cargo ya de la situación, señor Ersel?

Tomm asintió. Tomó la taza de café y bebió un sorbo. Estaba cargado, como a él le gustaba. Dirigió a Sheila una mirada de agradecimiento y terminó de apurarlo.

—Lo que no comprendo es cómo Ray no prueba bocado desde hace tanto tiempo —dijo.

—Eso nos gustaría saber también a nosotros —suspiró Chester.

—Al principio le hacíamos entrar en la jaula la comida, pero la ignoraba o la arrojaba al suelo. Temimos por su vida, pero con el paso de los días, después de salir de nuestra sorpresa, llegamos a la conclusión que no necesitaba alimentarse de la forma que nosotros lo hacemos.

—¿Cómo lo hace entonces?

—Tiene que ser de alguna forma, desde luego. ¿Por fotosíntesis? ¿Absorbe el calor o la energía solar en alguna de sus manifestaciones? La agresividad de Ray nos impide realizar pruebas, estudiar su nuevo metabolismo.

—¿Ha decidido ya algo o necesita más tiempo? —preguntó Chester.

—No puedo darles aún una respuesta concreta. Lo siento. Pero sí puedo anticiparles algo. Han dejado pasar mucho tiempo. Son ustedes notables como científicos, pero han necesitado ayuda desde el principio. Debieron dar la noticia y ser socorridos por un numeroso equipo.

D. L. negó con la cabeza.

—Los conozco. Sé cómo trabajan y proceden esos sabios. Apuesto mi mano derecha a que habrían necesitado mucho más tiempo para comprender que esas Rocas proceden del espacio galáctico, que llegaron al Sistema Solar hace treinta mil años, que en su interior existe un mecanismo cuyo significado dudo que podamos comprender algún día y que su intención es alterar a los seres que caen en su campo de acción.

—Son duros con sus colegas.

—Lo siento. Así pensamos.

Tomm emitió una sonrisa amarga.

—Y ahora pretenden que yo les solucione el problema en que se han metido. Muy cómodo por su parte. Disponen de dinero para pagar

un especialista y han recurrido a la Corporación para así tranquilizar su conciencia, después de promover esta amenaza.

D. L. apretó los labios y Chester se movió furioso en su asiento. Sheila se colocó delante de Tomm y dijo con voz alterada:

—No es justó, Tomm. ¿No se ha dado cuenta que nosotros hemos descubierto algo que dentro de unos años sería aún mucho peor que lo que es hoy? El peligro existía, siempre existió. Desde hace treinta mil años. Nosotros hemos tenido, en realidad, la suerte de conocerlo. Tal vez aún estemos a tiempo de conjurarlo.

—Es posible que ustedes tengan razón —admitió Tomm—. Desde su punto de vista, así es. Pero no creo que sea la solución eliminar a Ray Byrne. Me parece una salida demasiado cruel.

—Esté seguro que eso sería lo último que haríamos —dijo Chester —. Pero consideramos la situación tan delicada que nos tememos que al mismo tiempo que las Rocas, tendremos que destruir lo que hoy es Ray Byrne.

—Tampoco deben olvidar a la esposa de Byrne —dijo secamente Tomm—. Por lo que sé, considero que esa mujer empieza a dar muestras de intranquilidad ante la ausencia de noticias de su marido.

D. L. asintió.

—Es cierto. Nos tememos que no podremos seguir ocultándole la verdad por mucho más tiempo. ¿Pero cree que podemos decirle que venga y vea lo que es ahora Ray? Me temo que no podrá reconocerle.

—¿Cuánto tiempo aguantará ella sin noticias? —preguntó Tomm, mirando a las tres personas de una en una.

Miró a Sheila. La muchacha tenía una expresión desencajada, como si estuviera pugnando por decir algo que debía callar. Deseó tener una oportunidad de hablar con ella a solas.

—Apenas unos días —suspiró D. L.—. Por lo tanto, usted debe damos una contestación mucho antes.

Tomm se levantó.

—No lo sé aún. ¿Podemos ver la Roca?

—Sí. Arnold nos espera fuera con un vehículo.

Salieron al exterior. Junto a la puerta estaba detenido un vehículo todo terreno. Arnold se sentaba al volante. Tomm miró hacia el cubo metálico que contenía la jaula de Ray. Varios hombres la estaban colocando sobre un enorme camión por medio de una grúa. Arnold abrió la puerta de la cabina y dijo:

—He tenido que ordenar el traslado hoy mismo, no esperar hasta mañana. Ray estaba más nervioso que nunca.

—Es lógico —dijo Chester Molnar—. La radiación de la Roca ha aumentado considerablemente estas últimas veinticuatro horas. También nosotros nos tendremos que trasladar.

Subieron al coche y Arnold lo puso en marcha.

—¿Han pensado cuándo las radiaciones alcanzarán los centros civilizados? —preguntó, preocupado, Tomm.

—Al ritmo actual y contando con su aumento progresivo, unos cincuenta días —respondió Chester—. En menos de dos meses, la ciudad estará dentro de su radio de acción.

El vehículo avanzaba por una zona rocosa, zigzagueante, pero decidido, bajo la experta dirección de Arnold. Media hora más tarde se detuvieron en un claro, pese al tiempo transcurrido, no se habían alejado de Aldea Beta más que veinte kilómetros.

—Fin de trayecto —anunció Arnold.

Chester empezó a sacar trajes emplomados, que distribuyó.

—La Roca aún está a unos dos kilómetros de distancia. El vehículo nos protege ahora, pero debemos usar los trajes, que son eficaces hasta unos trescientos metros. No debemos arriesgamos.

Cuando todos estuvieron vestidos, Chester hizo una indicación para que les siguieran. Tomm caminó detrás de él. De pronto una idea nació en su mente y dejó que D. L. le alcanzase, para preguntarle:

—¿Saben si las radiaciones afectan a otros seres que no sean racionales?

—Por aquí abunda una especie de conejo marciano. Es mucho mayor que los terrestres. Son los únicos animales que se acercan a la Roca, y desde luego no se sienten afectados en absoluto. Claro que no hemos podido probar con otros animales...

Tomm asintió. Ya sabía que las radiaciones emitidas por la Roca solamente resultaban vulnerables a los hombres. El porqué era una cuestión que debía averiguar.

Avanzaban bastante aprisa pese a lo abrupto del terreno. Unos minutos después comenzaron a ver estacas clavadas en el suelo. Arnold explicó:

—Empezamos a indicar el área de radiaciones al principio por medio de estas señales.

—¿Ya estaban cuando Ray pernoctó al lado de la Roca?

—Desde luego. El me ayudó a clavarlas.

Chester se había detenido en lo alto de una pequeña elevación y ayudó a Tomm a ascender hasta su lado. El hombre levantó el brazo y señaló hacia delante.

—Ahí está la Roca.

Tomm miró hacia la dirección indicada y la vio perfectamente. La Roca era un irregular cilindro de color azulado, de unos cinco metros de diámetro y nueve o diez de altura. Estaba situada en medio de un pequeño llano, rodeado de pequeñas porciones graníticas.

—¿Qué le sugiere, Ersel? —preguntó D. L., resoplando por el esfuerzo de ascender hasta la loma.

Tomm negó con la cabeza dentro de su capucha.

—No lo sé —dijo—. Me gustaría acercarme a ella. ¿Podría con este traje?

—Lo siento, pero no podemos garantizarle nada —dijo Chester—. Es más, estamos seguros que correrá un gran riesgo.

—Necesitamos saber lo que hay en su interior, hacer nuevas exploraciones con rayos X. Romperla si es preciso. Tal vez con unos trajes blindados más eficaces...

—Es posible. Pero dudo que exista un equipo capaz de permitir a un hombre trabajar junto a la Roca. A menos de cinco metros de ella las radiaciones son mortales. Ni un blindaje de plomo de metro de espesor sería eficaz.

—Lamentable —dijo Tomm—. Las radiografías que obtuvieron en su día no revelan nada.

Arnold soltó una risa ronca.

—Ni aunque asomara la cabeza dentro de la Roca para ver lo que contiene creo que sabría usted cómo funciona ese endiablado mecanismo.

Tomm no respondió. Seguía observando la Roca. Aún lo hacía cuando el comunicador portátil que llevaba Arnold empezó a sonar.

Arnold sacó el aparato de su cinturón y movió un conmutador. Dijo su nombre y preguntó qué deseaban de él en la base. Una voz nerviosa surgió del interior, diciendo:

—Hay dificultades. El camión volcó cuando llevábamos la jaula al nuevo emplazamiento.

Tras una larga y tensa pausa, agregó:

—Ray Byrne escapó.

*

Arnold apartó el aparato de su oído y miró a sus compañeros con expresión incrédula. El comunicador le fue arrebatado violentamente por D. L., quien gritó:

—¿Cómo ha podido suceder tal cosa?

—Lo siento, jefe. Creemos que la jaula quedó afectada por el accidente. Byrne aprovechó la debilidad de los barrotes y los arrancó como si fueran de cartón. Y el cristal saltó pulverizado ante sus puños.

—¿Hacia dónde escapó?

—Tomó la dirección de los oasis.

Tomm vio cómo el rostro de D. L. se nublaba y preguntó:

—¿Es malo eso?

—En los oasis hay un poblado experimental de agricultores —replicó Sheila, preocupada—. Allí viven muchas familias.

—¿A qué distancia está de Aldea Beta?

—Unos diez kilómetros.

—Debieron haberme informado de eso —mascullé Tomm—. Yo tenía que haber sabido que las radiaciones alcanzarían un centro habitado antes de llegar a la ciudad. Nunca hemos tenido tanto tiempo. ¿Por qué no me lo dijeron?

—¿Cree que hubiéramos permitido que los oasis entraran en el área contaminada? —protestó D. L.—. Pensamos que usted tomaría una decisión antes de una semana, que es lo que tardará la radiación en llegar allí…

—Ya estoy harto de sus conjeturas. Volvamos a Aldea Beta. Aún podemos alcanzar a Ray antes que llegue a los oasis.

Empezó a correr hacia el sitio donde dejaron el coche. Tomm jadeaba a causa de su inexperiencia ante la escasa gravedad marciana. Se volvió y observó que el viejo tenía más dificultades que él. Soltó unas maldiciones ante tanta pérdida de tiempo.

—Y vayan preparando lo que vayan a decirle al Regidor —gritó, desaforadamente—. Tan pronto lleguemos quiero que se pongan en contacto con él y le pidan ayuda.

D. L. cruzó una mirada con sus compañeros. Todos miraron a Tomm como si no dieran crédito a sus palabras.

—Está bien. ¿No querían una decisión mía? Pues ya la tienen. Hagan lo que les digo… o lo lamentarán.

*

Mort Lange salió aquella tarde de su vivienda aún con los ojos cargados de sueño. Había estado toda la noche anterior vigilando los campos especiales de cultivo y le había tocado descansar de día. Ahora sus compañeros y mujeres estaban terminando la labor diaria en los cultivos.

Ahogó un bostezo y pensó que le gustaría tomarse un café bien hecho, como solía prepararle su esposa, que ahora estaba con los demás en los campos.

El poblado estaba desierto. Incluso los chicos no volverían hasta dentro de una hora de la escuela. El autobús los traería y todo aquello volvería a alegrarse con sus risas y juegos. Poco después regresarían los hombres y mujeres y la comunidad se prepararía para la cena, un rato de tertulia después mientras veían un poco la televisión y luego a descansar.

Mort caminó despacio por entre las estrechas calles formadas por las viviendas semiesféricas. Lo miró todo con orgullo. Tenía motivos para estarlo. La labor que estaban desarrollando ellos, promoviendo un nuevo tipo de cultivo en Marte, era merecedora de tenerse en cuenta.

En menos de tres semanas iban a poder recolectar la primera

cosecha, y todos los indicios apuntaban a que las legumbres, de lo que tan necesitados estaban en Marte, iban a resultar de una calidad notable.

Llegó hasta el linde del poblado y miró hacia el Norte. Al hacerlo su gesto se tornó agrio. Más allá estaba aquel grupo de chiflados científicos que habían llegado hacía varias semanas. Traían un permiso especial de exploración del Alto Consejo y no permitían que ningún extraño penetrase en su territorio acotado. Incluso había oído decir que las autoridades locales tenían ciertas dificultades con ellos a causa de su permiso de alta prioridad concedido en la Tierra.

Se contaba que el Regidor estaba cansado con ellos. Mort conocía al Regidor y no se iba a extrañar cuando algún día supiese que los científicos habían sido expulsados y regresados a la Tierra, de donde no debían haber salido nunca.

Aunque procuraban no molestar a los agricultores, Mort un día fue a curiosear por lo que ellos llamaban Aldea Beta y los guardias apostados en los caminos le hicieron volver usando agresivos modos.

Mort se iba alegrar mucho el día que el Regidor ordenase a los científicos que se marchasen. No es que les interesara a ellos mucho el terreno que ocupaban. Era muy malo y seco. Pero desagradaba a los agricultores tener unos vecinos tan extraños.

De pronto Mort entornó los ojos y trató de identificar la figura que avanzaba por el sendero que conducía hasta la alejada Aldea Beta.

Alguien se dirigía hacia el poblado. No podía ser otra persona que alguien perteneciente a los científicos. Aquello resultaba sorprendente. Por muy aclimatado que estuviese a la atmósfera marciana, no era corriente que una persona anduviese más de diez kilómetros a pie. Y parecía hacerlo sin ninguna dificultad, dando grandes saltos.

Mort llevaba en Marte más de diez años y se consideraba un hombre capacitado para estar todo el día respirando la tenue atmósfera y realizar en ella cualquier tipo de ejercicio sin cansarse, pero tuvo que reconocer que aquel tipo que se acercaba le ganaba ampliamente en agilidad y destreza.

Avanzó unos pasos y lo miró atentamente. Aún estaba lejos para que pudiera distinguirle bien, pero pudo apreciar que sus facciones le resultaban extrañas. Era excesivamente corpulento, con un tórax exagerado y unos brazo muy largos y musculosos.

Y el rostro...

Mort estaba confundido y la sorpresa le impedía pensar bien. Sólo recapacitó que le hubiera gustado no encontrarse solo.

Recordó que en la oficina administradora había un rifle. En realidad, por ser él el vigilante del poblado, debía llevarlo. Teóricamente de nada podía servirle, ya que la zona era pacífica y

hacía muchos años que los voraces reptiles habían sido exterminados.

Lentamente, fue retrocediendo a lo largo de la calle. Pero el ser que se acercaba caminaba más aprisa que él y la distancia que los separaba a ambos era cada vez menor.

Cuando Mort pudo apreciar bien la fisonomía del extraño, un terror enorme le embargó y echó a correr.

Pálido a causa del miedo entró en la oficina y precipitó sobre el armero. Tomó el rifle con manos nerviosas e inspeccionó que estaba cargado. Con él se acercó a la ventana y miró hacia la calle.

El ser avanzaba por la calzada ahora con pasos lentos, mirando a su alrededor como si todo aquello le fuera extraño. Parecía haber ignorado por completo la presencia de Mort al ocultarse éste dentro de la oficina.

Al pasar junto a la ventana, a menos de dos metros de Mort, las características de su rostro fueron perfectamente estudiadas por el observador tras los cristales.

Mort sentía ahora un pánico nunca experimentado antes. Aquel hombre tenía un rostro monstruoso. Los largos colmillos de su boca entreabierta eran terroríficos, así como el color brillante de su piel que parecía reventar bajo la presión de los músculos. Pero lo peor eran sus ojos. En ellos parecían estar reflejados el más intenso odio y la más grande ansia de destrucción.

El ser alcanzó la plazoleta desde la cual irradiaban las calles del poblado y se quedó plantado en su centro, como si esperase algo o alguien.

Mort pensó en los niños que pronto regresarían de la escuela. El autobús se detendría en la plazoleta y los niños bajarían impetuosamente. ¿Qué haría el monstruo al verlos?

Miró la hora. Apenas faltaban unos minutos para que el vehículo regresase con su infantil cargamento.

Resueltamente, Mort salió del edificio y caminó hacia la plazoleta. Llevaba el rifle amartillado y dispuesto a hacer uso de él, aunque en su interior no lo desease.

Al llegar a unos veinte metros del ser se detuvo, levantó el arma y dijo:

—Eh, amigo. Vuélvase y dígame qué desea. ¿De dónde viene?

Muy lentamente, el ser giró sobre sus talones y se enfrentó a Mort, quien se sintió sumamente molesto al notarse observado por aquellos ojos nubosos.

—¿Cómo se llama y qué busca? —preguntó de nuevo.

Por toda respuesta, el extraño hombre comenzó a avanzar hacia él. Lo hacía con aparente languidez, con las manos colgadas, como si le pesaran. Seguía teniendo la boca entreabierta, aflorando entre sus delgados labios dos filas de dientes delgados y agudos, con un

singular brillo metálico.

Mort empezó a presionar el gatillo. Retrocedió un paso y advirtió:

—Deténgase. Dispararé si no lo hace. Quieto ahí.

Pero el otro seguía avanzando y aumentando el nerviosismo y miedo en Mort.

El colono decidió que debía intimidarle y apretó el, gatillo; pero apuntó muy abajo deliberadamente y el proyectil se estrelló contra el suelo a unos centímetros de los pies del ser.

Aquello fue como el aviso para que el ente extraño actuase. De la garganta surgió un alarido ronco y saltó contra Mort.

El colono aún tuvo tiempo de disparar dos veces. Estaba seguro que ambos proyectiles habían tocado blanco, pero empezó a dudar de tal cosa cuando el ser cayó sobre él y empezó a sentir en su carne las fieras dentelladas y el desgarramiento producido por aquellas manos dotadas de durísimas uñas.

Mort gritó.

Cuando se percibió el ruido de los motores acercarse al poblado ya no podía escuchar nada.

CAPITULO VI

Dusth Noyac era Regidor del VIII sector marciano desde hacía cinco años y siempre se había sentido orgulloso porque en su condado nunca sucedieron cosas extrañas.

Pero desde que llegó aquel grupo de científicos con licencia de las autoridades terrestres para realizar exploraciones en una amplia zona se sintió preocupado, sobre todo después que éstos, haciendo uso de sus prerrogativas, impedían el paso a todo el mundo. Se contaban muchas cosas de los extraños trabajos que estaban haciendo allí y el Departamento de Salubridad le había comunicado hacía tiempo que en la zona acotada había surgido un índice radiactivo bastante elevado.

Todo aquello le había hecho pensar que los trabajos realizados por el equipo, aparentemente arqueológico, no se limitaba a la localización de la hipotética civilización marciana. Su labor tenía que ser algo más complicada.

Hasta el momento había intentado por todos los medios legales que el jefe de la expedición, D. L. Sealy, accediese a mostrarle el tipo de trabajo que hacían.

Pero siempre resultó inútil. Ya estaba decidido a notificar a la Tierra de las anomalías apreciadas cuando aquella tarde recibió el mensaje procedente de Aldea Beta. Cuando lo tuvo entre sus manos dirigió su mirada a la firma, en la cual leyó el nombre de Tomm Ersel, especialista de la Corporación de Imposibles.

En seguida comenzó a leerlo. Era escueto. Nada más y nada menos requerían su presencia en Aldea Beta y un pelotón de soldados armados de forma que pudieran enfrentarse con un peligro tipo C, lo que quería decir que debían llevar todas las armas ligeras y semipesadas que pudieran.

Dusth Noyac no lo pensó dos veces y reclamó la presencia del capitán John Railigh, a quien le ordenó que preparase su compañía. Debían partir dentro de cinco minutos.

El Regidor se puso al frente de las tropas, que embarcaron en seis turbocópteros y velozmente se dirigieron a Aldea Beta.

Al sobrevolar ésta recibieron el mensaje de dirigirse a los oasis. El Regidor estuvo tentado de no hacerle caso y descender sobre Aldea Beta, pero optó en último instante por seguir la indicación.

Se posaron en las afueras del poblado agrícola, sacaron los vehículos de los aparatos y en poco más de cinco minutos estaban dentro del poblado.

Lo que vio el Regidor no se le iba a olvidar en mucho tiempo.

*

—¿Quién era? —preguntó el Regidor, esforzándose para no vomitar ante la vista del destrozado cuerpo que yacía en el suelo.

Arnold Todd volvió a cubrir los restos con la manta y el colono que estaba a su lado respondió:

—Se llamaba Mort Lange.

El hombre se había presentado como Monty Carson, jefe administrativo de la colonia.

Sostenía un rifle entre las manos y añadió:

—Mort llevaba esto cuando fue atacado por esa fiera y lo usó —movió la cabeza—. No me explico lo que ha jasado. Por esta zona no hay bestia alguna que pueda hacer tal carnicería. Ni tampoco que resista un disparo de este calibre. ¿Qué pudo haber pasado, Dios?

El Regidor miró a D. L., quien agachó la cabeza. Había acabado de explicar a la autoridad marciana lo que aconteció. Lo había dicho todo, sin omitir nada. Tomm Ersel le ayudó intercalando cuanta información sabía. Añadió algunas conclusiones, tratando veladamente de apoyar las razones de D. L. para silenciar su descubrimiento.

—¿Ha tenido que ocurrir esto para que se decidiera a contármelo todo, señor Sealy? —espetó agriamente el Regidor cuando la narración de los hechos hubo concluido.

Tomm intercedió:

—Ahora no es el momento de las recriminaciones, Regidor.

—¿De qué es momento, especialista? —recalcó la última palabra, descargando en ella toda su irritación y desprecio.

Tomm prefirió no darse por aludido.

—Ray Byrne anda suelto. Tenemos que apresarle.

—Ya ha visto lo que es capaz. ¿Qué debemos hacer si no logramos cogerle vivo?

—Matarle —respondió D. L.

—Será lo último que ordene —masculló el Regidor—. Creo que nos servirá más atraparlo vivo. Si puede hablar nos dirá si su estado actual se debe a una imprudencia suya, como ustedes afirman, o ha sido víctima de un experimento ilegal.

D. L. soltó una risa hosca y dijo a Tomm:

—¿Comprende ahora que teníamos razón al no querer informar de nada, Ersel? Ya comienzan las suspicacias. No, descuide que no nos agradecerán que hayamos descubierto el peligro. Es más, nos acusarán de él.

—Dejemos de discutir —dijo Tomm.

—Está bien. Lo haremos cuando hayamos resuelto el problema que

ahora nos concierne —gruñó el Regidor—. ¿Qué dirección tomó ese tal Ray Byrne?

Los soldados mantenían alejados a los colonos y niños. El autobús con los escolares se presentó en el poblado minutos después que Ray lo abandonase, casi al mismo tiempo que entraban por el lado contrario el vehículo procedente de Aldea Beta.

Arnold Todd se había alejado para estudiar las huellas dejadas por Ray. Regresó y dijo:

—Ha vuelto a Aldea Beta.

—Es indudable que se sintió desorientado cuando escapó de la jaula —comentó D. L.—. En realidad nunca quiso alejarse de la Roca. Pertenece a ella por completo y necesita su presencia, indudablemente.

—¿Para qué?

—Tal vez lo sepamos algún día, o nunca. Pero estoy seguro que Ray recibe órdenes de la Roca.

El Regidor resopló.

—Está bien. Tengo que dar crédito a todo lo que me digan. ¿Concuerdan conmigo en que tengo que dar parte de lo sucedido a la Tierra?

—Yo iba a sugerírselo, señor —dijo Tomm—. No olvidemos que en la Tierra está la Segunda Roca.

—Delmer Power la vigila —recordó Chester—. Nos avisaría si comenzara a aumentar su radiación.

—Hemos estado sin recibir mensajes de la Tierra por dos semanas, señores —dijo el Regidor—. Toda esta mañana, al desaparecer las perturbaciones solares, se han estado recibiendo comunicados. Creo que en el Departamento existen algunos llamados urgentes para ustedes.

D. L. pidió a Sheila que usase el radio del poblado para solicitar que le leyeran desde el Departamento de Comunicación los mensajes que pudieran haber para ellos.

Se dejó un destacamento de soldados en el poblado y el resto subió a los turbocópteros. Los miembros de Aldea Beta, Tomm Ersel y el Regidor tomaron otro. La comitiva emprendió el vuelo y se dirigió hacia la zona donde Arnold Todd afirmaba que se había marchado Ray Byrne.

—Llegaremos antes que él —comentó D. L.—. Confiemos en que no se detendrá en Aldea Beta, aunque ya advertimos a los hombres para que se mantuvieran alerta. Creo que la esquivará para dirigirse a la Roca.

—¿Cuál es su consejo? —preguntó el Regidor.

—Si sus tropas, Regidor, disponen de equipo, cercaremos la Roca e impediremos que Ray se aproxime a ella.

—De acuerdo trataremos de capturarle. ¿Puede decirme cómo podremos hacerlo?

El viejo negó con la cabeza.

—No lo sé. Ray es invulnerable a los gases. Creo que sus pulmones son capaces de respirar metano. O, incluso, no respirar. Además posee la fuerza de un par de docenas de hombres, amén que su piel puede repeler el impacto de una bala.

—¿En qué clase de engendro se ha convertido?

D. L. se encogió de hombros.

—Ojalá podamos saberlo algún día.

—En una máquina de matar, en una especie de robot humano.

Todos miraron a Tomm, quien terminó añadiendo:

—Es el soldado perfecto. ¿Se imaginan lo que podrían hacer unos ejércitos compuestos por soldados tipo Ray Byrne?

Avistaron en seguida Aldea Beta y ninguno respondió a la pregunta de Tomm. Los turbocópteros tomaron tierra en la explanada cercana a las construcciones y los soldados fueron los primeros en descender para tomar posiciones.

El capataz de Aldea Beta corrió a informar a D. L.:

—Alguien vio hace irnos minutos a Ray dirigirse hacia la Roca, señor. Aún está a unos veinte kilómetros ella. Su velocidad es increíble. Cada salto que ejecuta alcanza los veinte metros.

—A cada instante que pasa Ray es más fuerte. Está aprendiendo a utilizar sus poderes. Me temo que no vamos cogerle vivo —dijo desalentado D. L.

—Entonces tenemos que matarle —sentenció el Regidor—. Su autopsia podrá revelamos muchas cosas también. Mis soldados están armados de lanzadores láser. No creo que pueda resistirlo.

—No, creo que no —D. L. meneó la cabeza—. Tenemos la ventaja de que no está armado. Si así fuera no creo que los soldados pudieran impedirle acercarse a la Roca.

—Está muy preocupado ante la idea que pueda hacerlo —el Regidor arrugó el ceño—. ¿Qué importancia tendría eso?

—¿Cómo puedo saberlo? Sólo creo que no nos reportaría nada bueno.

Dusth Noyac llamó al capitán Railigh y le dio las instrucciones. Los soldados, ya conociendo la ruta de Ray, tratarían de interceptar su marcha. Tenían que conseguir como fuese que no alcanzase la Roca.

Minutos después vieron despegar los turbocópteros. El Regidor resopló y tosió. El aire marciano le resultaba fastidioso. Recurrió a su reserva de oxígeno y pidió a D. L. entrar en una vivienda.

Apenas estuvieron en la de las oficinas, cuando el encargado del comunicador penetró en la estancia llevando un mensaje en la mano.

—Acaba de llamar Sheila desde los oasis. Dice que en la ciudad

hay varios mensajes de Delmer Power. Todos han llegado hoy. Se estuvieron acumulando a causa de…

D. L. se dirigió hacia él y le arrebató violentamente los papeles. Los leyó con rapidez y Chester le preguntó por el contenido al notar la palidez creciente en el viejo.

Al persistir el silencio de D. L., Tomm intervino:

—¿Qué pasa con esos mensajes? ¿No les fueron leídos a Sheila? ¿Qué dice ella?

El viejo miró a todos y dijo:

—Delmer nos ha estado pidiendo ayuda imperiosa. Su aviso ha llegado con cerca de doce días de retraso. Nos pide que regresemos urgentemente a la Tierra.

—¿Por qué?

Aspiró hondo D. L. y replicó:

—La Segunda Roca ha entrado súbitamente en actividad. Sus radiaciones avanzan a un ritmo de diez kilómetros por día.

—No es posible —tartamudeó Chester—, La Roca de Marte comenzó a emitir radiaciones mucho antes y apenas progresa un centenar de metros diarios… y hasta creo que su velocidad entra en disminución.

—¿Cómo es que está disminuyendo? —preguntó Tomm.

—Sí. Me acaban de entregar unos datos del laboratorio. Tenemos detectores que nos emiten registros por control remoto. La fuerza de las radiaciones de la Roca está cesando.

D. L. agitó la cabeza.

—Esto cada vez es más absurdo. No lo entiendo. ¿Cuándo comenzaron las radiaciones a perder potencia?

—Apenas hace una hora.

—Eso puede tener una explicación —apuntó Tomm.

—¿Cuál? —inquirió con desconfianza D. L.

—Hace una hora, o tal vez menos, que Ray empezó a regresar a la Roca. Hasta entonces se había estado alejando de ella. Desde que se escapó seguía una ruta singularmente recta. De súbito mató un hombre, se comportó como si no razonara en absoluto y entonces quiso regresar. ¿Porque sentía que la fuerza que le impulsaba a un destino desconocido para nosotros se debilitaba?

—Es posible que su teoría tenga algo de razonable en medio de este cúmulo de cosas absurdas —asintió D. L.—. ¿Podría explicarnos también por qué la Roca de la Tierra se comporta de distinta manera que ésta? Al parecer ha iniciado un ciclo acelerado, distinto a su… hermana marciana.

—Lo siento —sonrió Tomm—. Para eso no tengo ninguna respuesta.

Cayó un pesado silencio en la habitación. D. L. tosió y comentó:

—Pensemos en nosotros. Pediré que nos traigan de comer y beber. Yo, al menos, no he perdido el apetito.

El Regidor asintió, diciendo:

—Tenemos que esperar que el capitán Railigh nos llame para comunicamos que han localizado a nuestro hombre. Mientras tomamos algo podemos ir preparando los detalles para marchar a la Tierra tan pronto como podamos.

Arnold estaba junto a un frigorífico sacando algunas viandas y bebidas. Ayudado por Chester regresaba junto a la mesa y dijo:

—Delmer no hubiera pedido nuestra ayuda de no ser la situación grave. Tenemos que volver inmediatamente. Ya han pasado doce días desde que nos puso el mensaje, lo que significa que a un ritmo de diez kilómetros por día, la Segunda Roca ya está en medio de un círculo radiactivo de ciento veinte kilómetros. ¿Sabe alguno de ustedes lo que hay dentro de ese terreno?

—Tres pequeñas ciudades, con unas cincuenta mil almas.

*

D. L. sostuvo las miradas alarmadas de sus compañeros y agregó:

—Sí, me han oído bien. Lo que fue el desierto Sahara está siendo ahora recobrado y son numerosas las ciudades que se levantan. Por suerte la Segunda Roca está en una de las escasas zonas aún desérticas, pero rodeada por comunidades experimentales. Al igual que ustedes me pregunto si habrá habido tiempo para evacuar esos seres.

—Es seguro que Delmer quiso pedimos consejo. Si supo que a causa de las perturbaciones solares no podíamos recibir sus mensajes alertó a las autoridades —apuntó Chester.

D. L. negó con la cabeza.

—Su último mensaje está fechado hace seis días. No sé si desistió de insistir... o le ocurrió algo que le impidió seguir intentándolo. ¿Olvidan que nunca le dijimos a Delmer lo que le había sucedido a Ray? Sólo le advertimos que no se acercase a la Roca y que vigilase cualquier posible aumento de su escasa radiación inicial.

El Regidor olvidó la comida y se incorporó.

—¿Teme usted que su ayudante en la Tierra no haya podido avisar a las autoridades o no lo haya hecho al no tener su consentimiento, señor Sealy?

—Es posible —abatió D. L. la cabeza.

—Les mataría a todos de buena gana —rezongó Noyac.

—Cálmese, Regidor —dijo Tomm—. Nunca olvide que estos señores no han provocado esta situación. Con o sin su intervención la crisis tenía que producirse. Simplemente, ellos descubrieron las Rocas

y decidieron estudiarlas. Estoy seguro que ni una legión de científicos podía haber previsto lo que está sucediendo. Incluso creo que debemos estarles agradecidos porque ellos nos han puesto en aviso, tal vez, con bastante antelación. Aún estamos a tiempo de conjurar el peligro.

—Miles de seres humanos pueden ser afectados en la Tierra, sucederles lo mismo que a Ray Byrne —silabeó el Regidor—. ¿También tenemos que matarlos como pensamos hacer con el desgraciado a quien perseguimos?

—Eso lo decidiremos más tarde. Ahora tenemos que tomar decisiones.

El regidor movió la cabeza como si quisiera alejar de sí mismo funestos pensamientos.

—Tengo que avisar al Alto Consejo sin dilación. El área afectada en la Tierra ha de ser cercada... Pero aquí hay algo que no encaja.

—¿De qué se trata? —preguntó Tomm.

—Si esas comunidades hubieran sido afectadas, las noticias habrían llegado ya a mi despacho junto con todos los miles de mensajes retrasados.

—No tiene que ocurrir así precisamente.

—¿Por qué no? La noticia del caso se tiene que saber ya en toda la Tierra —protestó el Regidor.

—Supongamos que Delmer no ha podido avisar a tiempo y algunos miles de seres están afectados... como Ray. Es seguro que el Alto Consejo habrá tomado medidas, pero por el momento evitará que el pánico se extienda. Lo silenciará todo mientras toma medidas. ¿Por qué habrían de comunicárselo a usted? En la Tierra nada saben de la Roca que existe cerca de aquí.

—Pero lo sabe Delmer Power, ¿no? Es lógico que él habrá advertido al Alto Consejo de lo que existe aquí, indicando su posible peligro.

Tomm se encogió de hombros con abatimiento.

—Entonces debemos pensar que Delmer ha muerto... o está afectado. Que no ha podido hablar. No se explica de otra forma que no tengamos órdenes de la Tierra.

El Regidor tomó su gorro y dijo:

—Tengo que llamar al Alto Consejo. Usaré prioridad de emergencia. También dispondré una nave que les lleve a la Tierra a todos ustedes. Son los únicos que saben algo de esa Roca —miró a Tomm y dijo con sarcasmo—: Cuando supe que usted se integraba a este equipo de locos temí que las dificultades iban a aumentar. Nunca les tuve mucha confianza a los Hombres de la Corporación, pero reconozco que, al menos usted, parece ser eficaz.

Dusth salió y luego le vieron cruzar la explanada para subir al

turbocóptero.

—Pudo haber usado nuestro equipo para efectuar la llamada, enlazando con el Departamento de la ciudad—, pensó Arnold.

—Comprendo que no quiera que nos enteremos de la índole de su informe —suspiró D. L.

Nadie pareció tener deseos de hablar. No se cruzó una sola palabra hasta que regresó, al cabo de unos minutos, el Regidor. Al tiempo que penetraba en la estancia se detenía un vehículo a unos metros de la casa. Arnold vio a través de la ventana saltar una figura femenina y no pudo evitar una sonrisa de satisfacción al decir:

—Es Sheila —su sonrisa se esfumó. Frunció el ceño—. Pero regresa con alguien que no conozco… Lleva careta de oxígeno.

D. L. y Dusth Noyac se acercaron a la ventana y el primero, después de observar las dos figuras que se dirigían hacia ellos, anunció gravemente:

—Yo sí conozco a esa mujer. Es la esposa de Ray Byrne.

CAPITULO VII

—¿Para qué la habrá traído Sheila? —murmuró Arnold iracundo —. Y precisamente cuando estamos a punto de dar caza a su marido...

El Regidor miró destempladamente a D. L. y dijo:

—Me temo que tendrá que ser usted el encargado de dar explicaciones a esa mujer.

—No se preocupe, señor —replicó D. L.—. No pensaba pedirle que me relevara de esa ingrata labor. ¿Qué ha dicho el Alto Consejo?

—Tardaré algún tiempo en saber su decisión... y también si es conveniente que ustedes regresen a la Tierra. Ellos decidirán.

—Tenemos que volver cuanto antes.

—No hasta que nos hayamos librado de la Roca de aquí. Creo que en un par de horas sabremos lo que ha pasado en el Sahara. Hay una nave preparada si la orden es regresar de inmediato.

Se interrumpió cuando Sheila penetró en la habitación. La mujer que la seguía se quitó la máscara y todos pudieron observar un rostro cetrino, que tal vez fuera bello si no llevara marcado muchas horas de sufrimiento que lo convertía en algo desagradable de mirar.

—Es Marta Byrne —dijo escuetamente Sheila.

Todos se sintieron embarazados y rehuyeron mirarla. D. L. consiguió realizar el esfuerzo preciso para adelantarse y decir:

—¿Se acuerda de mí, señora? Su marido me presentó a usted cuando llegué a Marte...

—Me acuerdo muy bien de su rostro, señor Sealy —respondió Marta Byrne con sequedad—. ¿No me pregunta por qué estoy aquí?

D. L. miró a los otros con ojos angustiados, pidiéndoles ayuda.

—No se preocupe, señor Sealy —cortó Marta—. No es preciso que piense cómo decirme lo que ha pasado. Lo sé todo. Y creo que incluso más que ustedes.

—Marta llegó a los oasis cuando iba a. regresar después de retransmitir los mensajes —intervino Sheila—. Lo que ella me contó fue suficiente para comprender que debía traerla.

—¿De qué se trata?

—¿Recuerdan que Ray escribió a su esposa una carta antes de notar nosotros que padecía un mal entonces desconocido? Yo fui la encargada de llevársela a Marta. Días más tarde, ella me buscó cuando yo estaba de nuevo en la ciudad. Me hizo prometer que no podía decir nada, pero que en la carta su marido la advertía que tenía que hacerse cargo de una cinta en la cual le iba a grabar un mensaje exclusivamente para ella, que estaba en cierto lugar del campamento y debía recurrir a mí para que yo se la entregase.

—No nos dijiste nada de eso nunca, Sheila —dijo Arnold.

—Lo siento, cariño. Prometí guardar el secreto. Encontré la cinta y se la entregué a Marta poco antes de ir al espaciopuerto a recoger al señor Ersel. Por eso me retrasé. Ahora Marta me ha contado que el contenido de la cinta es una especie de testamento de Ray Byrne. En ella grabó Ray sus últimas experiencias antes de perder el don del habla y de razonar como un ser humano. De lo único que pueden ustedes recriminarme es por haber tardado tanto tiempo en hacerle llegar la cinta a Marta. Pero no tuve otra oportunidad de volver a la ciudad hasta que fuimos a recibir a Tomm Ersel a causa de los acontecimientos. La verdad es que no creí que el registro tuviese tanta importancia.

D. L. se volvió para mirar el rostro estático de Marta.

—¿Entonces es algo que nos concierne?

—Sí. Creo que la cinta les revelará muchas incógnitas que ahora les atormentan.

—¿Ha traído la cinta?

—No.

—Puedo ordenar a uno de mis hombres que nos la traiga —dijo el Regidor—. Naturalmente si usted nos da permiso para entrar en su apartamento, señora…

—Lo siento, pero no podrán escuchar la cinta.

Ante Marta se cambiaron miradas de incomprensión.

—¿Por qué no podemos oírla? —preguntó D. L.—. ¿No ha dicho que es importante para nosotros?

Marta les miró desafiante.

—Sé lo que le ocurre a mi marido. En los oasis pude enterarme de que mató a un hombre salvajemente, como si se hubiera convertido en una fiera —emitió una sonrisa extraña, difuminada—. En realidad ya esperaba algo semejante. En su carta me anticipaba algo. Y luego la cinta la usó para detallármelo todo de forma clara… y cruel. Terriblemente cruel.

—Créame que lamento todo lo sucedido, señora —dijo D. L.—. Hubiera preferido haber sido yo quien sufriera las consecuencias que está pasando su esposo. Pero lo sucedido ya no tiene remedio y…

—Ya lo sé —replicó Marta fríamente—. También sé que se ha dado la orden de matar a Ray como si fuera una alimaña dañina a la que…

—Por favor, señora.

—En realidad lo es.

Tomm se acercó. Apartó suavemente a D. L., miró a la mujer y le dijo:

—Comprendo, o al menos creo comprender, lo que le ocurre, señora. Pero lo que contiene la cinta puede ser de vital importancia

para que evitemos que otros inocentes corran la misma suerte que su esposo. ¿Por qué no nos la entrega?

—Porque la destruí.

*

Sobreponiéndose a la aplastante contestación de la mujer, Tomm dijo:

—Me temo que su estado de ánimo le impide comprender la trascendencia de lo que ha hecho. ¿Por qué la destruyó?

—Me horroricé al escucharla. Ya intuía algo al leer su carta, pero me mantenía la esperanza que Ray exagerase. Al escuchar su voz tuve que admitir que decía la verdad. Comprendí que le había perdido. Creí volverme loca y quemé la cinta.

—¿Qué le decía Ray, señora?

Marta se tambaleó y Sheila la sostuvo hasta que Arnold empujó una silla sobre la que la sentaron. La mujer estaba muy pálida y había cerrado los ojos. Cuando los abrió miró con marcado odio y resentimiento a cuantos la rodeaban.

—No les diré nada. ¿Por qué no se lo preguntan a Ray?

—Nadie puede acercarse a él.

Marta movió la cabeza como si no quisiera escuchar aquellas palabras.

—Pues tendrán que intentarlo si quieren saber. Deberán cogerle vivo, buscar el medio de hacerle volver a su verdadera personalidad. He oído historias terribles de su aspecto y no puedo admitir que Ray se haya convertido en... eso.

Súbitamente se levantó e increpó al Regidor:

—Ordene que nadie dispare contra él, que intenten cogerle sin daño alguno. Y les prometo que sabrán lo que me decía en la grabación. Yo me acuerdo de todo.

El hombre encargado de los comunicados apareció en el dintel de la puerta. Se detuvo indeciso al ver la escena tensa que ocurría en la habitación. D. L. lo descubrió y preguntó qué deseaba.

—Es un mensaje para el Regidor. Personal.

Noyac tomó el plástico y estudió la clave. Antes de enterarse del contenido vio que lo firmaba el capitán Railigh. Su rostro se tomó lívido, se guardó el plástico y miró a Marta Byrne, a quien dijo:

—Le ruego que me acompañe, señora. Podrá ver a su marido.

—¿Está vivo aún? —preguntó ella con un ligero timbre de esperanza.

—Le juro que sí... Y ninguno de mis hombres ha disparado contra él —se volvió y dijo—: Usted, señor Sealy y el señor Ersel deberán acompañarme también.

Ayudó a Marta a caminar y colocarse la máscara y dijo antes de salir de la casa:

—Le recuerdo su promesa de contamos lo que sepa del registro. Lo prometió si no disparábamos contra su marido. ¿Puedo contar con su palabra?

Por toda respuesta, Marta asintió vigorosamente.

*

Estaba en el fondo, con las rodillas hincadas en el terroso suelo y. la mirada perdida en las piedras que tenía delante.

De vez en cuando se movía e indicaba a cuantos le observaban en silencio que aún vivía.

—Le queda poca vida —explicó el doctor—. Lo siento.

Y miró a la mujer que acompañaba el Regidor. Le habían dicho que era la mujer del desdichado que estaba en el fondo del barranco, a unos diez metros de ellos, y no se atrevía a mirarla directamente a la cara.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Marta sin apartar los ojos de la figura de su marido—. ¿Se ha acercado a él?

—No —negó el doctor—. Pero dispongo de equipos de auscultación a distancia. Apenas le queda sangre y su corazón le late cada vez más espaciadamente. No vivirá más de unos minutos.

—¿No puede hacer nada por él?

—No. Nada en absoluto. Además, no me acercaría a él por nada del mundo.

El capitán Railigh explicó:

—Le encontramos tambaleante. Ya habíamos desistido, ante su aspecto, de dispararle, cuando recibimos su orden, Regidor, de no hacerle el menor daño. En realidad no era preciso. No ofrecía ninguna agresividad... si no se le acercaba nadie, desde luego. Pero aún sigue siendo peligroso. Tres soldados intentaron aproximarse y él los repelió con sus afiladas garras.

Tomm Ersel avanzó hasta donde el terreno comenzaba a descender. Le bastaba mirar a Ray para estar de acuerdo con el doctor que iba a morir de un momento a otro.

Antes de salir de Aldea Beta, en el laboratorio, estudiaron los últimos datos recibidos. La radiación procedente de la Roca había cesado por completo, según indicaban los detectores instalados en sus cercanías. Arnold pidió permiso a D. L. y al Regidor para ir hasta ella e inspeccionarla lo más cerca posible si verdaderamente no existía peligro de contaminación.

D. L. consintió en que un equipo de la Aldea Beta se trasladara a la Roca, mientras que el Regidor dio su autorización con cierta desgana.

—Quiero estar cerca de él cuando vaya a morir —dijo Marta.

Todos la miraron, pero notaron tal decisión en su voz que ninguno se atrevió a intentar disuadirla. La mujer comenzó a bajar hasta donde su marido ya era sólo una masa quieta, derrotada, como si le faltara el aliento vital para seguir viviendo.

—¿Por qué no lo ha impedido? —preguntó Tomm a D. L.

El viejo se alzó de hombros.

—No podía, Ersel. Es su esposa y tiene derecho a hacerlo. Además, no creo que corra ya peligro alguno. Ray está acabado.

—Sí, es posible —asintió Tomm—. Acabado como la Roca.

—Ahora podemos empezar a estar seguros que de la Roca emanaba una fuerza misteriosa que mantenía vivo a Ray.

Marta ya estaba a menos de un metro de Ray y se inclinaba sobre él lentamente, adelantando una tímida mano para tocarle.

—Esperemos que Arnold y los demás logren averiguar algo positivo sobre la Roca —D. L. se volvió hacia el Regidor y le preguntó—: ¿Está conforme en que nos vayamos a la Tierra en seguida?

—Así lo dispondré, señores. Su presencia aquí ya no sirve de nada —dijo Dusth Noyac—. Pero aunque la Roca no represente ningún peligro me gustaría saber la forma de proteger el planeta ante cualquier nueva actividad.

—Muy prudente por su parte, Regidor. Ya buscaremos el medio de ocultarla bajo una espesa coraza, enterrarla o lanzarla hacia las estrellas, de donde debió partir hace treinta mil años.

Callaron porque Marta ya estaba al lado de Ray y sus pequeñas manos se apoyaban sobre la enorme espalda del hombre. Los dedos femeninos empezaron a acariciar el pelado cráneo, bajaron hasta las duras facciones, tomando las mejillas de piedra y alzó la cabeza.

Todos pudieron ver el rostro de Ray. Los párpados, abiertos, mostraban unos ojos sin vida ya.

Marta lanzó un grito, perdió súbitamente la entereza de que había hecho gala y cayó junto al cuerpo rompiendo a llorar.

Los soldados que rodeaban la pareja distendieron sus músculos y dejaron que sus armas descendiesen. El Regidor suspiró, diciendo:

—Dejémosla un rato. Podemos esperarla.

Se alejaron del lugar y caminaron hasta donde estaban los turbocópteros. Esperaron en silencio, sin deseos de soltar una palabra.

Del interior de un turbocóptero salió un soldado portando un comunicador móvil, que entregó a D. L.

—Es para usted, señor —dijo—. Le llama Arnold Todd.

—¿Qué sucede, Arnold? —preguntó D. L., tomando el comunicador.

—Acabamos de llegar a la Roca, D. L. —contestó la voz desde el aparato.

—¿Qué habéis encontrado?

—Ante todo, ni rastro de radiaciones. Este suelo está totalmente limpio. Incluso nos acercamos resueltamente a la Roca, dispuestos a romperla para inspeccionar su interior.

—Cuidado, Arnold —advirtió D. L. tenso—. No hagáis tonterías. Se prudente.

Del comunicador surgió una risa seca, decepcionada.

—No hay cuidado, viejo. La Roca ya no existe.

—¿Cómo dices?

—Se ha desintegrado. Lo que era su envoltura, toda la extraña maquinaria de su interior, se ha convertido en polvo, que el viento se llevará si antes no barremos y lo echamos en sacos.

CAPITULO VIII

La oscuridad era impenetrable.

Era noche sin luna y no podían ver más allá de unos metros ayudados por la luz de las estrellas.

Tomm Ersel se volvió hacia los demás y dijo:

—No podemos seguir. Tendremos que quedamos aquí.

—¿Hasta cuándo? —preguntó Arnold Todd ayudando a Sheila a salvar la quebradura del terreno.

—Hasta que amanezca, desde luego.

—Apenas estamos a unos metros de la línea de seguridad —protestó D. L., resoplando.

Tomm miró al viejo. Lo veía muy mal. Posiblemente no iba a llegar con vida al día siguiente si continuaban avanzando en medio de tantas dificultades. Debió haberse quedado en Marte, en donde la escasa gravedad no dañaba tanto su resentido corazón.

Desde que llegaron a la Tierra estaba peor, y con la premura de trasladarse al punto de su destino no quiso perder el tiempo en reparar su marcapasos. «Ahora debe sentirlo», pensó Tomm.

—Ersel tiene razón —dijo Arnold, mirando por encima de las rocas, o mejor dicho tratando de ver algo—. Si continuamos corremos el riesgo de topamos con un grupo de esa gente.

Delmer Power, rezagado, terminó de alcanzarlos, se sentó agotado y colocó el seguro en su riñe láser.

—O meternos en el área contaminada —apostilló.

D. L. se desplomó sobre sus nalgas y reclinó la espalda en una roca.

—Está bien. Nos quedaremos aquí.

—Amanecerá pronto —dijo Delmer. Sacó su cantimplora y bebió un largo trago—. Y no creo que nos descubran aquí si no hacemos mucho ruido.

—Ojalá no te equivoques —murmuró Tomm.

Se llevó la mano a la cadera y sintió dolor al oprimirla. De todas formas habían tenido suerte cuando el turbocóptero sufrió la avería y tuvieron que realizar un aterrizaje forzoso en medio de la oscuridad. Aún estaban lejos las señales luminosas del campamento militar. Apenas sufrieron daños y cuando salieron del aparato aún confiaban en poder alcanzarlo caminando, pero Delmer conocía el terreno muy bien y en seguida manifestó que no estaba seguro de poderlos conseguir.

Pronto se tuvieron que rendir a la evidencia de que en la noche no podían avanzar. Había un serio peligro permaneciendo allí, pero éste

aumentaría considerablemente si se aventuraban por el desierto.

Apenas habían transcurrido quince horas desde que la, nave aterrizó en el continente australiano. Allí les esperaba un avión estratosférico que les dejó en el norte de África, en donde les aguardaba Delmer con un turbocóptero para conducirles hasta las líneas militarizadas.

Cuando volaban sobre el área de peligro algo falló en el aparato y tuvieron que descender. La radio se averió y sólo contaban con la esperanza de que en el campamento intuyeran lo sucedido si habían escuchado su previo mensaje, antes de saber el inminente desastre, dando la situación en que se encontraban.

—¿Crees que saldrán a buscarnos? —preguntó Sheila.

Delmer se encogió de hombros.

—Uno nunca sabe lo que piensan esos generales. Aunque estamos en terreno limpio de radiación y somos portadores de importantes datos, los científicos tendrán que instarles mucho para que envíen sus soldados a correr un riesgo. Y eso, desde luego, si no duermen y nos echan a faltar.

—Deben comprender que ya debíamos estar con ellos —dijo Arnold.

—Olvidemos eso ahora —opinó Tomm—. Si salen a buscarnos y nos encuentran, mejor. Pero debemos hacernos a la idea que no estaremos a salvo hasta mañana. Mientras tanto, contamos con rifles láser para hacer frente al enemigo si nos descubre. ¿Por qué no pasamos el tiempo escuchando a Delmer? Aún no ha tenido ocasión de contarnos lo que ha sucedido aquí y me muero de curiosidad.

Delmer era un hombre aún joven, alto y corpulento. Como científico no era una notoriedad, pero llevaba mucho tiempo incorporado al equipo de Sealy y éste le apreciaba y confiaba en su competencia, aunque fuera rutinaria y carente de imaginación.

El aludido se arrastró hasta acercarse al centro del grupo.

—Bueno, todos vosotros, menos el señor Tomm Ersel, sabéis que la Roca enclavada en este desierto que se resiste aún a convertirse en un vergel ya daba muestras, aunque ligeras, de emitir radiaciones. Ya sucedía así cuando os marchasteis a Marte. Pero no fue hasta meses más tarde cuando sin previo aviso las radiaciones tomaron un impulso enorme. Yo apenas tuve tiempo de levantar el campamento y retirarme con mis ayudantes a lugar seguro. Lo hice a unos diez kilómetros, pero al día siguiente tuve de nuevo que retroceder.

»Entonces empecé a enviaros los mensajes, que hasta pasados unos días no supe que no eran recibidos en Marte. Para entonces la situación era peligrosa. El radio contaminado alrededor de la Roca era de unos cuarenta kilómetros y algunas aldeas de nativos estaban cercanas.

»Seguía sin respuesta de vosotros y era consciente que tenía que tomar una determinación.

»Pasé unos días terribles. Tenía que decidirme y lo hice. El Alto Consejo no quiso dar crédito a mis palabras cuando lo puse al corriente de lo que sucedía. Cometieron el error de dejar pasar varios días antes de actuar. Cuando enviaron tropas ya algunas aldeas, a las que yo avisé antes de partir y no me hicieron caso tampoco, estaban contaminadas. Apenas pudimos evacuar a las demás más inminentemente amenazadas, atajando en parte el mal ocasionado.

»Por entonces recibí ya vuestros mensajes. Las perturbaciones habían cesado. También el Regidor, bajo cuyo mando estaba la zona marciana donde se hallaba la Primera Roca, había informado al Alto Consejo.

»Todos los poderosos medios de la Tierra se han desplegado en la operación. Millones de seres están siendo evacuados de las urbes cercanas para disponer de un plazo de tranquilidad de un mes —Delmer suspiró—. Después de eso comenzará a ser un problema los nuevos traslados de gentes. ¿Dónde llevarlas? ¿Qué pasará cuando la radiación cruce el estrecho e irrumpa en Europa por España primero y luego por Italia? Para entonces ya estará casi cubierta África. Y luego… toda la Tierra.

—Así, tenemos un mes de plazo de solucionar el problema, ¿no? —preguntó D. L. Aún seguía respirando entrecortadamente. Tomó unas tabletas ayudándose con un trago de agua.

—Más o menos.

—¿Han intentado destruir la Roca? —preguntó Tomm.

—Claro que sí —asintió Delmer.

—Era un riesgo grande. No sabemos si la destrucción de la Roca supondría la terminación de la radiación.

—Se ha pretendido destrozarla con todos los medios —replicó Delmer—. Desde el uso de ácidos, bombas y láser proyectado desde la altura orbital de las estaciones. Lo único que hemos conseguido es acabar con algunos cientos de esos desgraciados que pululan a su alrededor.

La mención de las personas sorprendidas por la rápida expansión de la radiación en las ciudades más cercanas produjo en el grupo una amarga sensación de frustración.

—¿No hay algún medio eficaz para devolverlos a su estado normal? —preguntó Delmer, queriendo ver a través de la oscuridad el rostro de D. L.

El anciano movió negativamente la cabeza.

—Ya lo intentamos todo en Ray Byrne.

Delmer alcanzó a tientas la valija metálica que descansaba en el suelo al lado de D. L„ la alzó delante de sus ojos y dijo:

—¿Es cierto que la grabación que hay aquí nos explicará muchas cosas?

—Bastantes.

—Deseo escucharla. ¿No pueden decirme algo?

—¿Por qué no? Pero el grupo de militares y científicos que nos esperan para oírla como primicia se sentirán defraudados al saber que ya hicimos una sesión privada —rió Arnold.

—¡Al diablo con ellos! —masculló Delmer—. No puedo esperar hasta mañana para enterarme de todo.

Los demás no pudieron evitar soltar unas pequeñas risas. D. L. se removió, tal vez para adoptar una posición más cómoda y hablar cuando todos se quedaron paralizados al escuchar un ruido procedente de las rocas situadas a unos metros.

Tomm se incorporó y aguzó el oído. De repente se acordó de Susana y su hija. Aún no comprendía cómo había llegado a la Tierra y ni siquiera las había llamado para decirles que ya estaba de nuevo en el planeta. En realidad no tuvo tiempo y ahora se arrepentía de ello. Estaba en peligro y podía morir. Desechó aquella idea por desagradable y prestó atención.

El ruido volvió a producirse. Era como el de unos pies pesados arrastrarse por la arena. Tomó con fuerza su corto fusil láser y le quitó el seguro. Los otros también se prepararon. Disponían de algunas bengalas, que podían usar si consideraban llegado el momento de producirse un ataque. Pero sólo debían utilizarlas en caso extremo, ya que si podían servirles para ver al enemigo, también los que estuvieran más alejados y aún los ignorasen acudirían de inmediato atraídos por la luz.

Tomm se deslizó por el exterior de la especie de trinchera que usaban. Volvió a escuchar los rumores y luego vino un prolongado silencio. Regresó con los demás y dijo en voz baja:

—Calculo que son cinco o seis.

—¿Cree que nos han descubierto? —preguntó D. L., susurrante.

—Me temo que sí.

—¿Por qué no atacan? —preguntó el viejo nervioso.

—Estamos muy lejos de la Roca —dijo Delmer—. Suponemos que esos tipos no actúan libremente. Tal vez estén recibiendo instrucciones. Pero si están cerca y saben dónde estamos, no duden que dentro de poco los tendremos encima.

—Delmer debe tener experiencia —dijo Tomm.

—No lo duden. Ya me he enfrentado a ellos en más de una ocasión.

—Estamos en una posición muy mala —masculló Tomm—. Debimos haber buscado una elevación del terreno. Donde estamos pueden caer sobre nosotros con suma facilidad.

—¿Qué sugiere? —le preguntó Arnold—. Me parece que tiene usted una idea.

Tomm asintió.

—A nuestra derecha hay una loma. Desde ella creo que se puede dominar muy bien el sitio donde están los hombres alterados.

—¿Y bien?

—Cuando ellos avancen hacia aquí podemos abrir fuego desde la loma y cogerlos desde dos puntos. Arnold y yo podemos ir allá. ¿Es usted buena tiradora, Sheila?

La muchacha asintió en la oscuridad y D. L. replicó:

—Yo también me considero buen tirador. Cuando los tenga a unos cinco metros podré verlos bien, cuando se recorten a la luz de las estrellas.

Arnold fue a reunirse con Tomm cuando Delmer advirtió:

—No olviden que esos hombres parecen ver en la oscuridad y tienen un oído muy sensitivo.

—No nos verán... Y confío que no nos oigan. Seremos cautelosos.

Tomm empezó a arrastrarse. Arnold le seguía y unos pocos minutos después estaban ascendiendo por la loma. Se resguardaron detrás de unas pequeñas rocas y pasaron por encima de ellas los rifles.

Escucharon ruidos debajo de ellos y apenas pasaron irnos minutos cuando entre los arbustos aparecieron varias figuras.

Tomm las observó y a pesar de la oscuridad pensó que creía estar delante de media docena de Rays. Sólo la estatura los diferenciaba, pero tenían la misma corpulencia, sus largos y musculosos brazos y piernas gruesas. También, como le sucediera a Ray, carecían de pelo. Uno de aquellos monstruos abrió la boca y en medio de la negrura brillaron sus dientes metálicos.

Se dirigían con decisión hacia la trinchera donde estaban los demás. Apenas estaban ya a una docena de metros de ella y apenas hacían ya ruido al caminar.

Tomm sintió que Arnold le hacía una seña para preguntarle en silencio si debía disparar ya. Tomm le indicó que esperase y apuntó con cuidado. Por suerte el rifle láser disponía de mira telescópica de rayos infrarrojos. Al mirar la oscuridad pareció desaparecer dentro del círculo telescópico.

Cuando aquellos seres apretaron el paso, Tomm apretó el gatillo. Medio segundo después, a su lado, Arnold hacía lo mismo.

Dos deslumbrantes trazos luminosos partieron de las armas y dieron de lleno en otros tantos voluminosos pechos. De las gargantas de los hombres alterados se escaparon estentóreos gritos de muerte, tan inhumanos que parecían haber sido emitidos por fieras heridas.

Aprovechando aún el resplandor del láser, Tomm volvió a disparar. Esta vez sólo consiguió acertar a otro en una pierna, a la que

cercenó. El desgraciado cayó y se revolcó sobre la arena.

Entonces abrieron fuego desde la trinchera, pero lo hicieron con tan mala puntería o nerviosismo que los disparos se perdieron en la lejanía o se estrellaron en las rocas.

Los hombres alterados tuvieron unos instantes de confusión. Necesitaron bastante tiempo para reaccionar. Los tres supervivientes echaron a correr hacia la trinchera, de donde volvieron a partir trazos de cegadora luz.

Tomm y Arnold volvieron a apretar el gatillo y lograron alcanzar a dos más. El tercero cayó sin proferir un gemido cuando estaba a punto de saltar dentro de la trinchera de un certero disparo de Sheila y Delmer.

Tomm resopló y dijo:

—Parece que nos hemos librado de una buena —miró a su alrededor—. Este parece ser un buen sitio, ¿no te parece?

Arnold asintió y añadió:

—Sí. Diré a los demás que vengan aquí.

Bajó la ladera y trompicando en la oscuridad corrió hasta la trinchera. Instantes después guiaba a sus compañeros hasta donde Tomm les esperaba. Apenas estaban terminando de subir cuando desde el mismo lugar donde aparecieron los hombres alterados se escucharon más rumores.

—Deben ser muchos ahora —dijo Delmer, atragantándose.

Tomm sentía a su derecha la respiración forzada de D. L. El pobre viejo lo estaba pasando cada vez peor. Tenía que verle cuanto antes un médico.

Callaron todos y prestaron atención a los ruidos. Delmer susurró:

—Se están dispersando. Han debido escuchar los disparos y saben que deben ser precavidos. Intentarán sorprendemos.

«Si así lo hacían —pensó Tomm—, difícilmente iban a poder impedir que aquellos monstruos subiesen hasta la loma.» Tomó las bengalas y junto con la pistola las entregó a Sheila, diciéndola que las disparase cuando él le hiciese una señal.

Arnold lo vio todo y meneó la cabeza.

—Es un riesgo. Atraeremos a todos los que estén cerca.

—Lo sé. Peor sería dejarlos acercarse en la oscuridad.

Transcurrieron unos minutos de tensión. Los ruidos seguían produciéndose en el mismo tono. Un sudor frío empezó a bajarle a Tomm por la frente. Calculó que aquellos seres estaban demasiado cerca e hizo la señal a Sheila.

De la pistola de ancho cañón salió disparada hacia el cielo la bengala, que inundó el paisaje con su blanca luz.

Lo que vieron les dejó sobrecogidos. Docenas de seres de extraordinaria corpulencia rodeaban la loma. Ante la luz se habían

detenido cegados y titubearon.

—¡Abran fuego! —gritó Tomm, comenzando a disparar.

Tenían que aprovechar los segundos que la luz iba a permanecer en el cielo suspendida.

De los rifles láser surgieron los haces mortales, que comenzaron a barrer el campo bajo ellos.

Tomm dejó de contar los que alcanzaban, se alzó y siguió disparando. El enemigo huía torpemente, dejando detrás un buen número de cadáveres. Habían actuado a tiempo. Estaban ascendiendo hacia la loma de tres direcciones distintas. De haber tardado un poco más en decidirse a usar la bengala se hubieran encontrado en óptima condición para el asalto definitivo.

Las armas dejaron de funcionar y Tomm, después de resoplar, dijo:

—Ha sido magnifico.

—Pero volverán —dijo Delmer.

Nadie le respondió. Sabían que Delmer tenía razón. Una vez que habían comenzado, aquellos seres no cejarían hasta acabar con ellos o morir todos.

Delmer manifestó que él debía bajar y explorar el terreno. Tenían que saber si el enemigo se estaba reagrupando para intentar un nuevo ataque. Al principio Tomm no estuvo de acuerdo con él, pues iba a correr un serio riesgo. Pero miró hacia el cielo. Empezaba a clarear. Delmer iba a tener una mejor visión para su exploración.

Le dejaron ir y esperaron un rato su regreso, que les pareció una eternidad. Cuando Delmer regresó se dejó caer desalentado al suelo y explicó:

—Son muchas docenas de ellos los que están al otro lado de las rocas. Se reúnen en silencio. Parecen formar batallones. Yo diría que reciben órdenes mentales, instrucciones.

Aspiró hondo y añadió:

—Me temo que atacarán en unos minutos.

—Seguro que lo harán así. La Roca ya les habrá dicho que deben hacerlo antes que salga el sol —resopló D. L. ante la mirada extrañada de Delmer—. Si al menos tuviéramos tiempo de alejamos… Habrá bastante claridad en unos instantes y nuestras líneas no están muy lejos.

Delmer abatió la cabeza.

—Si abandonamos ahora esta posición no tendremos la más mínima oportunidad…

Calló de súbito y señaló el lugar de donde había llegado. De allí procedía un susurro que se incrementaba paulatinamente en su volumen.

—Son ellos —dijo Delmer—. Nos atacarán y aplastarán esta vez como un rodillo.

En silencio y dispuestos a todo, los componentes del grupo aprestaron sus armas. Ya comenzaban a verse los primeros hombres alterados cuando de sus espaldas surgió una serie de silbidos agudos.

Volando a baja altura llegaban varios turbocópteros. Del de vanguardia tronó un altavoz:

—¡Resguardaos, amigos!

Apenas lo hubieron hecho, aplastando sus cuerpos contra el suelo, cuando de los aparatos partieron cientos de descargas flamígeras que se estrellaron contra las líneas de monstruos.

Un turbocóptero se rezagó y descendió detrás de los sitiados. Varios soldados bajaron y un oficial corrió hacia los cuatro hombres y la mujer. Fue recibido calurosamente y preguntó:

—¿Conservan aún la grabación?

—¿Sólo se interesa por ella? —preguntó estupefacto D. L.

El oficial sonrió.

—Bueno, es algo secundario, pero les advierto que desde que vimos su bengala el Comité está ansioso por verles llegar sanos y salvos.

D. L. agitó la caja con malhumor.

—De buena gana la arrojaría lejos.

—Vamos, señor. No lo tome a mal. A ustedes los vi vivos desde que bajé, no así la grabación —dijo sin dejar de sonreír—. Les aseguro que estábamos intranquilos por su seguridad, pero desconocíamos el lugar donde se estrelló su aparato. De todas formas pensábamos rastrear toda la zona a primera hora.

—Será mejor creerle —dijo Tomm.

Mientras, los vehículos estaban dando buena cuenta de los asaltantes. Aquellos infelices caían bajo los rayos láser. No parecían tener la menor intención de huir. Los miraron y D. L. dijo penosamente:

—Es horrible ver esto. No resulta reconfortante, aunque quisieran liquidarnos, ver cómo mueren esos desdichados. ¿Qué culpa tienen ellos de lo que les ocurre?

El oficial les señaló el turbocóptero.

—Debemos marchamos. No debemos permanecer mucho tiempo aquí, señores. Recuerden que las radiaciones progresan diez kilómetros diarios.

D. L. le miró iracundo:

—¿Cree que no tenemos experiencia de ello, oficial?

CAPITULO IX

Tomm Ersel se quedó largo rato contemplando la apagada pantalla. Aún creía ver en ella el rostro emocionado de Susana cuando supo que era él quien la llamaba. Inmediatamente se había entristecido cuando le dijo que Emily aún no había vuelto de la escuela, de lo cual, interiormente, se congratuló Tomm.

Lo peor fue cuando Susana le preguntó qué estaba pasando. A la ciudad llegaban noticias confusas de lo que sucedía en aquella región del Sahara. El Alto Consejo se había limitado a anunciar que ciertas dificultades producidas en la región a causa de viejas concentraciones radiactivas habían obligado a la evacuación de algunas urbes, pero aseguraba que la situación estaba perfectamente controlada.

Tomm suplicó a Susana con la mirada que no le forzara a hablar más. Su mujer era inteligente y comprendió en seguida que la conversación podía estar controlada. A Tomm le habían permitido al fin hablar con su mujer después de utilizar toda la influencia de la Corporación.

Se despidió de su mujer asegurándole que pronto estaría de nuevo con ella. Le lanzó un beso al cristal de la pantalla y dejó que la imagen aún preocupada de Susana se desvaneciese.

Hizo un cálculo mental y consideró que la radiación, si no se la detenía, aún iba a tardar varias semanas en amenazar la ciudad donde vivía su familia. Torció el gesto porque mucho antes la situación sería intolerable en el mundo. ¿Quién iba a poder contener la riada de fugitivos? Ni todas las naves espaciales existentes podrían poner a salvo toda la población de la Tierra. Y el Gobierno seguía ocultando la verdad, tratando de no provocar un pánico que tarde o temprano se tenía que producir.

Desesperado, Tomm abandonó el cuarto y salió al exterior. Pasó junto al guardia armado que montaba vigilancia junto a la puerta y se enfrentó con el técnico encargado de las comunicaciones que acababa de abandonar su remolque, del que surgía una larga antena

—¿Satisfecho? —preguntó—. ¿Algo censurable?

El técnico se encogió de hombros.

—Lo siento, no tenía más remedio que estar escuchándole ahí dentro. Son órdenes. Le habría cortado la comunicación si hubiera dicho algo improcedente.

Tomm barbotó algo entre dientes y se alejó de él. Entonces el técnico le gritó:

—Vaya donde están los generales, señor. Le están esperando.

Tomm se volvió ligeramente y preguntó sorprendido:

—¿A mí?

—Sí —sonrió el otro—. El viejo D. L. parece que no quiere comenzar sin usted.

Se alejó dirigiéndose hacia el lugar indicado. Mientras cruzaba el campamento, atestado de soldados, vehículos y material de guerra, iba pensando que D. L. al parecer le necesitaba a su lado en aquel crucial momento, cuando fuese a revelar la verdad al Comité.

Llegó hasta la enorme construcción de aluminio que servía de cuartel general a los comisionados del Alto Consejo. Mostró su credencial a los centinelas y rápidamente fue introducido en una sala amplia, atestada de militares de alta graduación y civiles. Una larga mesa presidía la reunión. Detrás de ella estaban D. L. Sealy, Arnold Todd, Sheila Morgan, Delmer Power, tres mariscales y dos hombres de avanzada edad que escondían sus vivaces ojos detrás de unas viejas lentes.

Apenas le vio, D. L. le hizo señas para que se acercase. Tomm llegó hasta su lado y aceptó la silla que le ofrecía el anciano a su lado, sentándose en ella mientras recibía miradas hostiles de los mariscales tal vez por su tardanza.

Tomm miró de soslayo al mariscal sentado a su izquierda. Le reconoció. Era Joffre Arthur, un individuo irascible. Se decía que era líder del partido de tendencia militarista que trataba de apartar del Alto Consejo a los civiles. Ya debía estar jubilado por su edad, pero sus grandes influencias siempre retrasaban el momento. Tal vez pensase que la actual crisis le podía servir para obtener sus logros.

De todas formas, el mariscal Joffre Arthur tenía el semblante cansado, como si no durmiera lo suficiente desde hacía muchos días. En realidad debía estar pasándolo mal. ¿Acaso pretendía obtener de aquel Comité los poderes suficientes para dictar una ley marcial en todo el planeta y actuar según sus criterios y los de sus compañeros de armas? Seguro que debía tener ya un plan de campaña para acabar con la amenaza de la Roca y encontraba fuertes dificultades entre los miembros civiles del Comité en conseguir el permiso.

D. L. se levantó, manipuló en la grabadora que tenía delante de él sobre la mesa e insertó la cinta que celosamente habían traído desde Marte.

En la sala se hizo un grave silencio.

—Señores, como les supongo enterados de todo lo sucedido en Marte, junto a nuestra Aldea Beta —empezó a decir D. L.—, considero que podemos evitar tener que volver a relatar lo allí acontecido. Todos ustedes recibieron informes completos referentes al caso. Solamente se omitió lo concerniente a lo que esta grabación contiene.

»Se trata del informe verbal de la señora Byrne, realizado al día siguiente de que muriera su desdichado esposo, víctima de la Roca. La

señora Byrne destruyó la carta en que Ray Byrne le confiaba sus tremendas experiencias después de ser contaminado por las emanaciones de la Roca, cuando aún su mente era humana. Creo que Ray pudo conseguir esto gracias a que su preparación científica era elevada, que su coeficiente intelectual era de alto grado y durante algunos días luchó con todas sus fuerzas contra la fuerza misteriosa que ya comenzaba a hacerle cambiar, mental y fisiológicamente, hasta el punto de convertirlo en lo que todos ustedes conocen por las fotografías proporcionadas.

»Afortunadamente, la señora Byrne pudo sobreponerse a la crisis nerviosa que sufrió al enterarse de lo que le acontecía a su esposo. Sheila tuvo que entregarle la cinta original en la que Byrne registró sus experiencias. Esta cinta fue destruida en un lógico arrebato por Marta Byrne. Pero, repito, ella pudo reproducirla fielmente.

El mariscal Joffre Arthur alzó la mano y dijo:

—Un momento, señor Sealy. ¿Cómo podemos estar seguros que el informe de la señora Byrne sea fiel en todos los términos al de su esposo?

—Esperaba esa pregunta, señor —sonrió D. L.—. Con el consentimiento de la señora Byrne, unos especialistas en hipnotismo la durmieron, hurgaron en su mente y lograron que ella hablara como si fuera su marido. Aunque el tono de la voz sea femenina, en realidad quien habla es Ray Byrne.

—De todas formas no puede ser una fiel reproducción.

—¿Por qué no? Es sobradamente conocido que existen mentes capaces de conservar durante mucho tiempo en su subconsciente recuerdos fidelísimos, si éstos son ocasionados en medio de unas circunstancias traumatizantes como la señora Byrne sufrió.

Uno de los hombres de edad avanzada pareció enfurecerse y atajó la discusión.

—¿No sería mejor dejar esta polémica para después de escuchar el informe grabado, señores? A la vista de él podremos discutir su valía. Recuerden que estamos aquí para anular un serio peligro.

Joffre asintió refunfuñando y D. L., agradeciendo el hombre con la mirada su intervención, prosiguió:

—Creo que será mejor que escuchen la cinta, señores.

Pulsó un botón de la grabadora, escucharon las pruebas de sonido acostumbradas y una voz de mujer, carente de tono, como si leyese un texto sin el menor síntoma de emoción, dijo:

—Querida Marta, cuando escuches esto ya conocerás parte de mis temores por la carta que te hice llegar con Sheila Morgan. Te preguntarás por qué no han sido mis compañeros de equipo los receptores de esta grabación. Es muy sencillo. Aún no me atrevo a confiarles nada. ¿Por qué? Es posible que porque mi mente no está ya

lúcida y siento extraños temores. Aprovecho estos instantes, raros que aun experimento, en los que me siento como liberado de una poderosa fuerza que intenta apoderarse de todo mi ser, anular mi personalidad y embotar mi cerebro con conceptos e ideas extrañas.

»Durante varios días he intentado luchar contra ese poder, vencerlo. Pero al final me he dado cuenta que es inútil. Ya es imposible vencerlo. Es más poderoso que yo. Esa extraña fuerza se ha infiltrado en mí a través de todos los poros de mi cuerpo.

»Todos pensamos que de la Roca emana una rara radiación, pero yo sé que no es cómo nosotros la conocemos. Es una radiación que no mata, pero altera. Lo que quiere decir que es peor que la conocida.

»Pero me aparto de lo que quería explicarte. No quiero que por el momento mis compañeros, D. L., Arnold, Chester, Sheila y todos los demás lo sepan. Por ahora sólo creen que estoy un poco extraño, taciturno y poco hablador. Es preferible que esto siga adelante y a mi costa tomen las precauciones pertinentes. Algunas noches he estado tranquilo, siendo yo mismo y he tratado de estudiarme. He consultado registros, libros e informes. De poco me han ayudado si no ha sido para convencerme que no existe medio alguno para atajar el mal que está corroyendo mi cuerpo.

»Tal vez, en realidad, haya sido así mejor. Me temo que moriré en un plazo más o menos lejano. No podré vivir con los demás humanos pacíficamente ni mi mente será capaz de comunicarse con ellos cuando deje de ser humana. Sí, no te asustes, Marta. Esta es la dolorosa realidad y quiero que la afrontes con valentía. No pretendo ni puedo acusar a nadie. Lo que me está sucediendo es sólo culpa mía, de nadie más. Todos sabíamos que no podíamos acercamos a la Roca sin tomar las precauciones adecuadas. Y yo no hice caso a esas instrucciones, que ni un novato hubiera desatendido.

»Un día que apenas había nadie en Aldea Beta decidí investigar por mi cuenta y me dirigí a la Roca. Quería estudiarla de cerca, romper su dura costra y ver directamente el mecanismo que intuíamos existía en su interior. Confieso que me movió un estúpido orgullo de ser el protagonista de un descubrimiento que me elevara por encima de mis compañeros. Y pagué bien caro mi error.

»Lo cierto es que tenía una teoría, aunque podía resultar tan absurda que a nadie confié. Yo era, por supuesto, de los que creían que aquel extraño cilindro con aspecto rocoso procedía de las estrellas, que al igual que la de la Tierra, llegó a nuestro Sistema Solar hace muchos miles de años. La cuestión era averiguar por qué. Aunque presentía que al fondo de la cuestión podíamos llegar de un día a otro, mi ambición me impelía a anticiparme a todos. Así, cuando todos volviesen podía mostrarles algo que les iba a dejar asombrados.

»Llegué junto a la Roca y deposité mi equipo. La radiación había

aumentado, pero no lo suficiente para dañar un organismo. ¡Estúpido de mí! Olvidaba que me encontraba con algo que no era de nuestro mundo, que venía de las inmensidades siderales y que nuestras escalas no valían para medirlo. Me hallaba trabajando en la costra rocosa intentando romperla cuando un extraño sueño se apoderó de mí.

»Intenté luchar con todas mis fuerzas contra aquel súbito cansancio. Sentí que me sentaba de espaldas a la Roca y mis párpados se cerraban.

»Cuando desperté se estaba haciendo de día y estaba lleno de sudor, un sudor helado que me hacía estremecer de frío y de miedo. Sí, miedo. Un miedo como nunca lo he sentido en mi vida, Marta. Pero es que seguía recordando el sueño, o debería decir pesadillas.

»A duras penas regresé a Aldea Beta. Aún mis compañeros no habían vuelto. Me dirigí a mi dormitorio y me tendí en la cama. Era curioso. Había estado durmiendo toda la noche y me sentía cansado. Es cierto que no usé la máscara de oxígeno en más de diez horas, pero yo soy capaz de respirar el aire marciano durante más tiempo. Sólo Arnold Todd está más entrenado que yo.

»Echado en la cama cerré los ojos y en seguida acudieron a mí, desordenadamente al principio, ráfagas de recuerdos de la pesadilla que había experimentado al lado de la Roca. Me incorporé chillando y sudando otra vez. Estaba aterrorizado.

»Intenté serenarme. Me preparé unos sedantes y minutos más tarde me estaba diciendo, un poco burlonamente, que debía ocultar lo sucedido a mis compañeros si quería evitar que se burlasen de mí. Además, D. L. me recriminaría por haber estado junto a la Roca sin traje de plomo. No debía saber nada. Por suerte me traje todo el equipo y no dejé huellas. Además, últimamente nadie se acercaba demasiado. Nadie sabría nada.

»Pero al llegar la noche me acosté sintiéndome muy intranquilo. Aunque interiormente lo deseaba, me resistía a dormir. Cuando el sueño me dominó se reprodujeron las pesadillas. Pero esta vez, para desesperación mía, fue con más nitidez que cuando por primera vez las experimenté al lado de la Roca.

»Era como cuando uno ve un filme vanguardista por primera vez y no llega a comprenderlo. Necesitaba una segunda sesión para ir asimilando las intenciones de sus realizadores e intérpretes. Y a veces no es suficiente. Es preciso visionar otra vez la obra. E incluso una cuarta.

»Sí, los sueños se repetían cada noche, se siguen repitiendo y cada vez son más comprensivos para mí. Pero a medida que esto ocurre yo estoy dejando de ser quien siempre fui. Me temo que ésta será mi última oportunidad de poderme expresar como un hombre.

»Ahora ya casi los comprendo totalmente, aunque me temo que algunos términos aún no son lo suficiente claros. Pero no quiero arriesgarme a dejar pasar más tiempo. Es posible que para cuando los sueños tengan para mí toda su completa significación ya no podré comportarme como un humano. Seré entonces... No sé ciertamente en lo que me habré convertido, pero ya noto que mi piel adquiere una consistencia distinta, que por mi organismo corre un fluido misterioso que parece ir relevando de mis venas la sangre. Mis dientes son cada vez más fuertes y el pelo se me empieza a caer.

»Voy a tratar de explicarte mis sueños. Será muy importante que sea sencillo y claro, que deje a un lado términos científicos que pueden convertir este relato mío en algo incomprensible, pues dudo que me esté expresando adecuadamente.

»Durante la noche en que permanecí dormido junto a la Roca y mientras experimentaba el sueño, estoy seguro que lo que hay dentro de la Roca, ese extraño mecanismo, me estuvo examinando. Reconoció todo mi cuerpo, me midió, pesó y escrutó hasta el último de mis átomos.

»De forma brutal insertó en mi mente lo que antes he llamado pesadilla y ahora sé que es un mensaje. No, mejor dicho, una orden. Un mandato perentorio al que yo no puedo desoír, al que me siento incapaz de desobedecer, aunque luche por intentarlo.

»Siento un extraño gozo al explicarte que no me equivoqué al pensar que esa Roca, al igual que la que existe en la Tierra, procede de alguna lejana galaxia, que llegó a la Tierra y a Marte hace más de treinta mil años, cuando en la Tierra vivía el hombre de Neanderthal, y posiblemente en Marte florecía la hipotética civilización que algunos presumen existió y desapareció misteriosamente, sin dejar el menor rastro. La Roca que llegó a la Tierra se encontró con un tipo de humano primitivo decepcionante para ella, aún no lo suficientemente evolucionado como para valerse de él para sus concretos fines. En cambio en Marte debió hallar un campo abonado más que suficiente para la misión que le habían encomendado sus constructores. Los marcianos vieron caer el cilindro del cielo y curiosos se acercaron a él. No sé si fueron curiosos o torpes. No puedo definirlos porque nada me fue comunicado en el sueño respecto a los marcianos. Sólo sé que la Roca los encontró adecuados, interesantes y los usó.

»La Roca se apoderó de ellos.

»Se apoderó de la misma forma que se posesionó de mí. Y los cambió en lo que ella necesitaba. Así, sencillamente, destruyó una civilización que ya era adulta cuando aún nuestros antepasados comenzaban a elaborar rústicos útiles manuales.

»La Roca en Marte, la misma que está en Aldea Beta, usó su poderosa energía acumulada para posesionarse de millones de

marcianos, cambiarlos a su acomodo, tal cual le estaba ordenado que hiciera. Cubrió todo el planeta con su poderosa fuerza y no dejó un solo ser.

»Luego, cumplido su cometido, dejó de emanar aquella descomunal fuerza que ya se le comenzaba a debilitar. Pero continuó vigilante.

»En la Tierra, la otra Roca llegaba a la conclusión que los primates del planeta no eran aún idóneos para ser utilizados. Sólo le cabía usar sus medios para acelerar la evolución. Así, inesperadamente, surgió en el planeta mucho antes de lo normal el Cro-Magnon. La Roca no usó aún su fuerza. Se limitó a esperar. Tenía tiempo.

»Es curioso como nosotros llegamos a Marte por haber descubierto primero la Roca en la Tierra y saber después de la existencia de la segunda. ¿Qué sucedió para que la de Marte y la Tierra no entrasen en actividad hasta muchos milenios de nuevo otra vez y al mismo tiempo? Eso nunca me lo podré contestar. Los sueños que tengo no me informan de eso.

»Pero sí me han revelado algo más dantesco.

»La Roca de Aldea Beta y la del Sahara están conectadas entre sí. Son casi una sola, separadas por millones de kilómetros espaciales. Pero la de aquí está agotada. Sólo ha servido para despertar a la de la Tierra de su letargo de milenios cuando detectó la presencia de inteligencia a su alrededor, cuando los humanos empezaron a colonizar el planeta desierto, del cual desaparecieron sus habitantes como por ensalmo hace treinta mil años.»

La cinta se quedó en silencio aunque aún seguía funcionando. D. L. vio que el mariscal tenía intención de hablar y le hizo callar con un tajante ademán, señalando la grabadora y diciendo:

—Aún no ha terminado. Creo que aquí Ray Byrne, a punto de relatar lo más grave, se tomó un momento de respiro. O tal vez hizo la grabación en dos sesiones. Escuchen, por favor. Marta Byrne se limitó a reproducir incluso las pausas de la cinta original.

La voz de Marta volvió a hablar:

—Marta, tú tendrás en tu poder esta cinta porque le habrás pedido a Sheila Morgan que te la entregue. Eso significará que has seguido mis instrucciones de la carta, que hace ya mucho tiempo que no tienes noticias mías. Es que todo habrá concluido para mí. Yo seré lo que sea y tú tienes que ser fuerte. Debes sobreponerte a la desesperación y entregar esta cinta a mis compañeros. Ellos sabrán lo que deben hacer, aunque yo creo que es simple.

»En Marte el peligro de la Roca es mínimo. Ella se ha adueñado de mí en un postrer esfuerzo. Su poder llegará a cubrir unos kilómetros, pero nada más. Luego descenderá hasta esfumarse totalmente. Sólo yo habré tenido la desdicha de ser contaminado. Pero es posible que no

haya sido en vano. Yo puedo discernir sobre lo que he soñado y debo, es mi deber, advertir a los hombres que la Roca terrestre, supone un enorme peligro para la Humanidad. La gente que vive en la Tierra corre el peligro de terminar en lo que yo termine.

»Tú me preguntarás y me hará igual todo el mundo, cuál es el sentido de toda esta locura. Lo siento. No lo sé. Unicamente puedo responder que se trata de algo muy grande, que escapa a nuestro entendimiento. Los hombres tratarán de deshacerse de la Roca, pero no conseguirán llevársela de la Tierra. Es inamovible en el lugar donde está. Pero confío en que hallarán la solución adecuada para impedir que en la Tierra suceda lo mismo que ocurrió en Marte hace treinta mil años.

»Nada más puedo decir que en lo más lejano de la Galaxia dos razas están en disputa desde hace incontables milenios, tiempo enorme para nosotros según nuestros conceptos, pero un soplo para ellos que carece de importancia. Una de esas razas debió o debe estar en dificultades para proseguir la lucha y confeccionó un plan. Construyó los cilindros y los dispersó por el universo en busca de vida inteligente de la que sacar provecho.

»Tal vez ahora, al cabo de treinta mil años, ya no quede nada de esas razas o una de ellas ya ha vencido. Pero el cilindro en el Sahara es un peligro aún, un ciego mandatario de sus constructores.

»Poco puedo añadir más, Marta. Yo mismo estoy asombrado de lo que me está sucediendo. Morbosamente, creo que he pasado instantes de gozo al experimentar estas sensaciones que un hombre de ciencia como yo debe agradecer. Pero lo siento por ti porque sé que voy a perderte.

»Debes perdonarme. Te quiero.»

D. L. detuvo la grabadora y dijo solemnemente:

—Es todo, señores.

CAPITULO X

D. L. tuvo que repetir:

—Es toda la grabación, señores. No hay más. Supongo que tendrán algunas preguntas que hacerme.

—Por supuesto —dijo Joffre, incorporándose. Anduvo hasta colocarse delante de la mesa, dio la espalda a D. L. y dirigiéndose al auditorio, agregó—: Estoy seguro que ninguno aquí presente pondrá en duda la autenticidad del informe de Ray Byrne transmitido hipnóticamente por su esposa. Ante nosotros tenemos —señaló a los integrantes del equipo científico— a las personas que descubrieron la Roca. Seguro que debemos estarles agradecidos por haberlo hecho, ya que está comprobado que ésta habría entrado en actividad de todas formas.

El mariscal se volvió para mirar a D. L., preguntándole:

—¿Me equivoco al pensar que ustedes, como los más capacitados gracias a sus experiencias, disponen de una teoría respecto al caso que nos ocupa?

—Está en lo cierto —dijo gravemente D. L.—. Tenemos una teoría.

—Le ruego que la exponga. Pero antes yo deseo advertir que los miembros militares del Comité abogamos por usar la fuerza de las armas. El cilindro debe ser retirado de la Tierra o destruido. Sólo preciso el consentimiento del Comité para ordenar que el área sea bombardeada. Mas recuerdo la advertencia del señor Sealy para no hacerlo así. Ahora quiero, en nombre de mis compañeros, conocer sus razones. Cuando desee, señor Sealy, puede comenzar.

—Hablará por mí Chester Molnar —dijo D. L.

Chester se levantó. Esperó unos segundos que el mariscal se reintegrase en su asiento, pero al comprobar que Joffre tenía intención de permanecer en píe, empezó a decir:

—Nosotros hemos escuchado docenas de veces la grabación. Todo su contenido fue cotejado detenidamente con nuestras experiencias personales con la Roca.

»Pese al precario estado mental en que Ray Byrne se encontraba, su mente fue mucho más lúcida de lo que podíamos esperar y él acertó en casi todo. Supo interpretar bien sus llamados sueños bajo el punto de mira humano. Ray acertó al decir que las Rocas fueron colocadas en la Tierra y Marte hace treinta mil años por una raza que se hablaba en lucha con otra en algún confín de Cosmos. ¿Con qué fin? Aunque no esté claro, podemos afirmar que para efectuar una recluta masiva de soldados.

De la sala surgió un murmullo de asombro, sobre todo por parte

de los militares. Chester continuó:

—Así es, señores. En Marte lograron millones de soldados. Con la acción de la Roca los marcianos fueron alterados en el prototipo deseado por los extraños seres constructores de la Roca, en algo que debió ser muy semejante en lo que acabó Ray Byrne. Una especie de autómata capaz de sobrevivir en cualquier ambiente, de poder respirar cualquier tipo de atmósfera, de ofrecer una piel resistente y un organismo a prueba de privaciones, con unas mandíbulas y un aparato digestivo que lo mismo podía estarse semanas o meses sin probar alimentos o luego, cuando los necesitase, admitir cualquier cosa. Los antiguos marcianos, seres evidentemente evolucionados, se convirtieron en ejércitos perfectos. Luego fueron trasladados de su planeta natal, tal vez por teleportación, a los frentes de batalla. Las ciudades quedaron desiertas y el curso de los milenios se encargó de borrar toda huella. No existe urbe capaz de perdurar treinta mil años. O podemos pensar que los seres del profundo espacio estelar se encargaron de borrarla.

»Mientras, en la Tierra vivía nuestro antepasado el hombre de Neanderthal, cuya inteligencia fue probada por la Roca terrestre y considerada poco útil. Entonces el cilindro tomó a los primates actuales y los evolucionó. Por tal motivo, repentinamente, surgió junto al Neanderthal el Cro-Magnon, cuya aparición siempre ha asombrado a los sabios terrestres, ya que teóricamente no debieron irrumpir en la Tierra hasta un millón de años después. El Cro-Magnon exterminó al Neanderthal y se erigió primate indiscutible del planeta. Mientras, la Roca esperaba pacientemente que la evolución alcanzase el punto por ella deseado, después que su gemela en Marte había cumplido perfectamente su misión.

»Pero debió ocurrir algún cataclismo en el terreno ocupado por la Roca en la Tierra. El mar que rodeaba la isla donde se aposentaba se secó y fue cubierta por un corrimiento sísmico. Durante milenios luchó por salir a la superficie. Cuando lo consiguió debió descubrir que había llegado el momento de actuar. Estaba rodeada por millones de seres perfectos para ser convertidos en soldados. Despertó a su gemela en Marte y ambas empezaron a trabajar. Pero la Roca marciana había trabajado mucho hacía treinta milenios y apenas si pudo lanzar un estertor antes de desaparecer desintegrada.

»Sólo quedaba la Roca en la Tierra. Lentamente sus mecanismos empezaron a actuar y a aumentar paulatinamente sus radiaciones. Ya estábamos nosotros en Marte cuando su actividad alcanzó el máximo grado y su poder llegó hasta la primera ciudad. Ya tenía bajo su gobierno a los primeros soldados. Su avance no era muy rápido, pero dispone de mucho tiempo para terminar de copar todo el planeta.

»Estamos en la creencia que la Roca tal vez ignore que sus

servicios ya no son necesarios para proporcionar a sus constructores más soldados, pues éstos evidentemente han debido haber acabado la guerra victoriosos o morir ante el empuje de sus enemigos. O tal vez han hecho la paz después de muchos milenios de guerrear, de haber devastado soles y planetas. Pero esto no tiene mucha importancia para nosotros. La realidad es que tenemos a varios kilómetros algo que puede destruir la vida en la Tierra si no actuamos de prisa.

Joffre masculló:

—Sus palabras no son más que una ampliación de la grabación.

—Evidentemente —asintió D. L.

—De todas formas no tienen la menor importancia —dijo el mariscal—. Estoy dispuesto a escuchar todas las teorías que deseen, por disparatadas que sean, si me ofrecen una solución para terminar con la amenaza.

—¿Sigue pensando que lo mejor es usar las armas atómicas?

—Desde luego.

—Olvide eso, mariscal —sonrió D. L.—. Nos atreveríamos a asegurar que la Roca resistiría un impacto directo de la más poderosa arma atómica.

—Es absurdo —rezongó Joffre—. ¿Cómo se atreve a pensar en eso sin ninguna prueba? ¿La tienen?

—Tan sólo nuestras palabras. Pero, ¿no es lógico pensar que si los constructores del cilindro estaban empeñados en una guerra en la que usaban medios que nosotros no podemos ni imaginar no iban a fabricar las Rocas con material a prueba de explosiones atómicas?

—Conjeturas, simplemente.

—Sí, desde luego. Son conjeturas; pero lógicas, ¿no?

—Poco nos costaría probar —sonrió Joffre—. Ya lo tenemos todo preparado para desalojar el área y usar bombas atómicas de expansión controlada. ¿Qué podemos perder con ello?

—Bastante. Podemos otorgar al enemigo más poder.

—No entiendo...

—Tampoco podemos estar seguros, pero pensamos que la Roca recibe su energía de las estrellas, de nuestro Sol. Si sobre ella explotan bombas atómicas y no la destruyen, es posible que sus baterías aumenten de potencia y su expansión radiactiva sea mayor, que adquiera más aceleración.

—Es un temor pueril —estalló Joffre—. Solicito de este Comité permiso para usar nuestro plan. —Se volvió, irónico, hacia D. L., preguntando—: ¿O usted tiene otro más eficaz?

—Es posible.

—¿Cuál es?

D. L. torció el gesto de dolor al levantarse. Su corazón seguía mostrándose torpe, pero creía poder aguantar unos días más antes de

someterse a una intervención quirúrgica. Dijo a los presentes:

—Mi plan sólo precisa de tres días y con él no correremos el riesgo de aumentar el poder de la Roca. Confiamos que ésta cesará de emitir radiaciones. Pero necesitamos la ayuda mundial para concentrar aquí, en veinticuatro horas, un material muy particular. Si tres días después el plan que hemos confeccionado no da el resultado esperado, creo que tendré que admitir que no nos queda otra alternativa que seguir las indicaciones del mariscal Joffre... Y que él y sus ideas tengan éxito.

El mariscal miró a sus colegas, esperando su respuesta. Alguien asintió con la cabeza y Joffre replicó:

—Está bien. Nuestras medidas de seguridad nos permiten otorgarle un margen de confianza y tres días de plazo, señor Sealy. Pero después de esto...

—Sí, lo sé. Se usará la energía atómica. Y yo le apoyaré.

—Gracias. ¿Podemos saber qué necesita ahora?

Tomm Ersel no pudo evitar una sonrisa. Su mirada se encontró con la de Arnold Todd y Sheila, quienes también esbozaron una mueca de ironía.

—Es sencillo... —empezó diciendo D. L.

*

El frontal de la sala estaba repleto de pantallas de televisión, en las cuales se proyectaban las imágenes enviadas por las cámaras automáticas que recorrían el área restringida.

Los silenciosos observadores permanecían en silencio. Sólo cuando Joffre se levantó para enfrentarse con D. L., algunos susurraron comentarios en voz baja con sus compañeros.

Joffre tosió. Parecía embarazado terriblemente. Evidentemente, hacía un gran esfuerzo.

D. L. le animó con una amistosa sonrisa.

—Reconozco que tenía razón, señor Sealy.

—Aún debemos esperar los últimos informes, mariscal.

—No creo sean precisos. Tenemos ahí la mejor prueba —y señaló la pantalla central.

Todos se volvieron para mirarla. En ella se mostraba la Roca cilíndrica. Su brillo era ahora apagado. Otras pantallas mostraban diversas zonas donde docenas, centenares de seres alterados aparecían derribados en el suelo, como si sufrieran un repentino cansancio del que no tenían trazas de poderse recuperar.

Tomm era un espectador al fondo de la estancia. Estaba complacido. Aún no se había cumplido el plazo pedido por D. L, cuando ya se podía asegurar que Joffre no tenía que utilizar su plan ni

las peligrosas bombas atómicas.

De ello estaba plenamente seguro.

Silenciosamente, salió del cuarto primero y luego del edificio prefabricado. En el exterior un soldado salió a su encuentro para comunicarle que el aparato le esperaba en la pista de aterrizaje para conducirle a su ciudad.

Agradeció la noticia con un movimiento de cabeza y se dirigió a su residencia para recoger el equipaje. Entonces recordó que no llevaba ningún recuerdo de Marte para su esposa y Emily. Susana comprendería, pero la niña aún no estaba en edad para ello. Seguro que se llevaría un buen disgusto.

—Parece enfadado, Tomm —era la voz de .Sheila, que sonó a su espalda.

Se volvió y la vio junto a Arnold Todd. Ambos se dirigían hacia él cogidos de la mano.

—Sí, tiene razón. Y parece estúpido que en un día como éste alguien tenga el ceño fruncido como yo, ¿no?

—Será algo muy grave —dijo Arnold.

—Me olvidé adquirir un recuerdo en Marte para mi hija.

—Llévele esto —rió Sheila—. No es del planeta rojo. Pero usted podrá hacerle comprender a su hija que es muy importante.

Tomm bajó la vista y descubrió un pequeño chimpancé que la muchacha llevaba atado a una correa.

—¿Un mono? No entiendo... Seguro que le gustará, pero...

—Su madre está en el área restringida —explicó Arnold.

Tomm tomó el animalito, que dócilmente se acurrucó entre sus brazos. Lo acarició.

—Lo acepto. Es lo menos que puedo hacer, ¿no? Tal vez algún día, como usted dice, Sheila, mi hija comprenda por qué le llevé una cría de chimpancé terrestre cuando le prometí un genuino regalo marciano.

—Seguro —asintió Arnold—. Ya todo el mundo sabe lo que está pasando aquí... y lo que ocurrió en Aldea Beta.

—¿Qué pasará con la Roca? ¿No existirá el peligro que vuelva a entrar en actividad?

—De ninguna forma. El plan de D. L. fue perfecto. Ya estaba trabajando a pleno rendimiento cuando soltamos en el área los miles de simios. Cuando su mecanismo registró que la inteligencia de los nuevos bípedos era insignificante comparada con la de los primeros seres que capturó, dejó de funcionar para siempre. Incluso su dura costra presenta ya ciertos debilitamientos. Pronto podremos romperla y hurgar en su interior, antes que termine desintegrándose como la primera.

Tomm sonrió.

—Sí, fue un gran ardid del viejo D. L. Supuso bien al creer que la presencia de millares de simios alrededor de la Roca podía perturbarla. Una vez que consideró que no valía la pena seguir trabajando con los simios, a los que consideró aún en escala inferior a los hombres de Neanderthal, se detuvo. Tal vez su cerebro electrónico sufrió un terrible dolor de cabeza tratando de averiguar y explicarse cómo era posible que hubiera algunos cientos de seres inteligentes en el planeta, y que luego los que encontraba eran unos simples simios.

Los tres, lentamente, caminaron por entre las barracas que los soldados comenzaban a desmontar. Delante de ellos, a unos kilómetros, los simios soltados seguían deambulando. Habían venido de todas las partes de la Tierra, trasladados desde su placentera cautividad en los zoológicos.

Algún gorila se debía detener de vez en cuando, sorprendido al ver un cuerpo caído, sin vida, de piel brillante y fuerte dentadura, con largos miembros musculosos y sin ningún vello sobre su piel.

El peligro del pasado había sido conjurado.

FIN